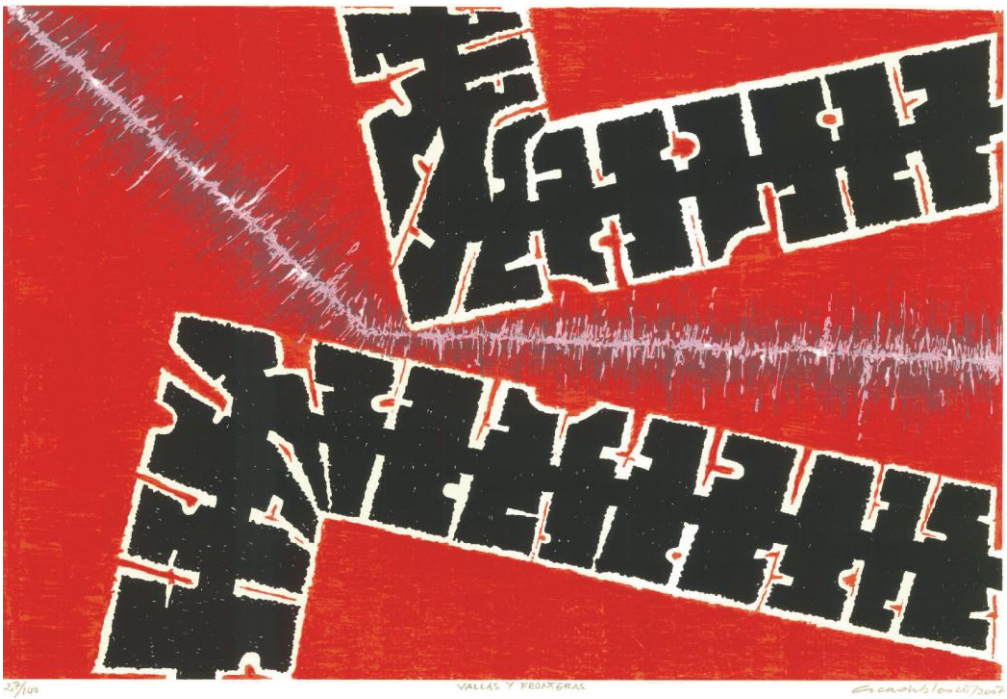
AUCA

REVISTA LITERARIA Y ARTÍSTICA



POESÍA
NARRATIVA
MÚSICA

ARTES PLÁSTICAS
CINE
ACTUALIDAD

Asociación Cultural Auca de las Letras
Revista cuatrimestral
Precio: 3€

Nº 13 julio 2008

AUCA

© De los autores

Dirección : María José Arques Cano
Subdirección : María Amparo Benito Díez
Coordinación : Manuel Parra Pozuelo
Consejo de Redacción : Francisco Alonso Ruiz, María José Arques Cano, Francisco Javier Fernández, María Rosario Mohinelo, Manuel Parra Pozuelo, Mercedes Rodríguez García Olías.
Consejo Asesor : Mati Bautista, María Amparo Benito Díez, Lucía Espín, Sergio Gadea, Luis S. Taza Hernández, Julia Díaz, Trinitario Rodríguez, Dorrit Ziehl, María Isabel Pintos.
Maquetación : Francisco Javier Fernández
Diseño : Grupo Cultural "Auca de las Letras"
Delegada de ventas : Lucía Espín
Depósito Legal : A-469-2004
ISSN : 1697- 9877

Ilustración de la portada: *Vallas y fronteras* de Arcadio Blasco

Imprime: Copistería Velázquez. GRAFIBEL 2010. S.L.
C/ Padre Mariana, 15 – bajo. 03004 Alicante.

Colaboraciones y correspondencia:
C/ Martín Lutero King 4, Bloque 4-1, 5º C, 03010 Alicante.
mariajoseac@ono.com
Móvil:679248312
aucadelasletras@hotmail.com

En relación con posibles colaboraciones, aquellas personas interesadas en realizarlas deberán dirigirse a nuestras direcciones de correo electrónico o postal para solicitar las normas de estilo de AUCA y enviar sus escritos inéditos, en prosa o en verso, que en ningún caso serán más de dos, con arreglo a estas normas, a la dirección y en el formato que se indican. El consejo de redacción decidirá, en todo caso, sobre la pertinencia de su publicación.

La revista Auca no comparte necesariamente las opiniones vertidas en sus páginas, siendo los contenidos responsabilidad exclusiva de los autores.

ÍNDICE

Editorial	María José Arques Cano	4
Insomnio	María Rosario Mohinelo	5
Un clásico señorito	Trinitario Rodríguez	6
Nala, la compoñitos	Mercedes Rodríguez García-Olías	7
Cosas	Francisco Alonso Ruiz	10
Nostalgia	Maritza López Lasso	12
Tres sonetos	Fernando Gil	13
Objetiva y realmente	Manuel Parra Pozuelo	15
Life goes on (She drinks whiskey all the time)	Sergio Gadea Escudero	16
La niña triplicada	Airam Lebas	17
Escuchad cehegineros mi lamento	Lucía Espín	18
El misterio del taxi	Mati Bautista	19
La escisión del silencio	Fco. Javier Fernández	20
Newlorquianamente a Federico	Mª Amparo Benito Díez	22
Las piedras de la playa	Julia Díaz Climent	25
Arpegios	María José Arques Cano	26
Autobiografía apócrifa	Joaquín Juan Penalva	27
El campesino y el mar	Luis S. Taza Hernández	28
Qué canten los ruiseñores	Trinitario Rodríguez	30
Nébula	Mercedes Rodríguez García-Olías	32
El regreso	María Rosario Mohinelo	33
Tardes de invierno	Francisco Alonso Ruiz	35
Enésima poética	Adolfo Celdrán	36
La Albufereta abandonada	Lucía Espín	37
El vacío del bambarambam	Airam Lebasi	38
Tres retoños con nombres de mujer	Mª Amparo Benito Díez	39
Caminos de deseo	María José Arques Cano	40
El amor en los tiempos corruptos	Fco. Javier Fernández	42
El día	Manuel Parra Pozuelo	43
Caer en mi sombra	Javier Serrano	44
Amando	Julia Díaz Climent	46
A un pastor sediento	Mati Bautista	47
Sosiego	Sergio Gadea Escudero	48
Los ojos	María Rosario Mohinelo	49
De la Glorieta al Casino	Trinitario Rodríguez	50
Hoy el mar ha perdido los estribos	Lucía Espín	51
Versos para Niké	Mercedes Rodríguez García-Olías	52
Monólogo de una mujer realizada	Mª Amparo Benito Díez	54
Las arañas negras	Beatriz Barceló	56
El mar	Francisco Alonso Ruiz	57
Los jueves	Airam Lebasi	59
Breve poema de amor	Carlos Ernesto García	60
Gracias al padre	Mati Bautista	61
Interior	Pilar Laceras Asensio	62
Al incógnito amado	Julia Díaz Climent	63
Velmia	María José Arques Cano	64
Galicia encantada	Marisol Fonseca	66
Memoria de la dignidad	Fco. Javier Fernández	68
Ríos de la memoria, tan amargos	Manuel Parra Pozuelo	72

EDITORIAL

Los contenidos de este número de la revista Auca incitan a ser leídos y disfrutados con la placidez voluptuosa que otorga el verano. Relatos, poemas y artículos difunden en nuestras páginas su mensaje difusor de la cultura. Así, podemos leer dos reseñas literarias sobre dos libros excelentes, ideales para relajarnos en este tiempo estival. Se trata de *Memoria de la dignidad,* autobiografía del poeta Marcos Ana. Según el autor del artículo, Francisco Javier Fernández, el conocido poeta salmantino cuyo verdadero nombre es Fernando Macarro, *hoy en día continúa viajando por todo el mundo para contar las vicisitudes en las que tanto él como miles de hombres y mujeres de este país se vieron inmersos y totalmente involucrados en la lucha por la libertad,* y del poemario de Joaquín Juan Penalva, *La tristeza de los sabios,* que Manuel Parra Pozuelo califica en su reseña como *un magnífico libro iniciático que recrea y refleja diversos aspectos de una educación sentimental.*

Seguimos atesorando nombres y textos de nuevos colaboradores que se acercan a nuestra redacción, personalmente o de modo virtual para publicar sus escritos o sus obras plásticas. Tal es el caso del profesor de la Universidad de Alicante y fotógrafo, Javier Serrano, que nos ha enviado una impactante imagen realizada por él mismo y un texto en el que explica cómo consiguió ese mágico efecto visual. Además, el cantante y poeta Adolfo Celdrán, que también es profesor de la Universidad de Alicante, ha escrito para Auca un poema titulado *Enésima poética; d*e Cehegín (Murcia), la tierra natal de nuestra compañera aucana Lucía Espín, nos han llegado *Tres sonetos* de Fernando Gil Morales que se leen como cantados, con un ritmo liviano que muestra el buen hacer del poeta ceheginero. *Galicia encantada* es el título del poema de Marisol Fonseca, unos versos en los que nos invita a conocer la comunidad gallega transmitiéndonos el encanto de sus bellas tierras. Inquietantes son los versos de Beatriz Barceló en *Las arañas negras,* y luminosa la descripción pictórica que hace Pilar Lasheras Asensio de un cuadro de Veemer en el texto titulado *Interior.* Igualmente nos ha proporcionado una gran satisfacción recibir la colaboración del escritor y periodista salvadoreño, residente en Rubí (Barcelona), Carlos Ernesto García. Se trata de *Breve poema de amor,* unos versos que nos descubren la nostalgia del poeta hacia su tierra natal, Santa Tecla y que pertenecen al poemario inédito *La maleta en el desván*, que muy pronto verá la luz.

Nuestra portada es una obra del internacionalmente conocido y premiado ceramista y pintor alicantino Arcadio Blasco, que lleva por nombre *Vallas y fronteras.*

Cabe destacar que nuestro colaborador de cine David Israel Méndez estrenó el pasado día 3 de mayo su largometraje *Caminos de deseo*. Con este motivo le entrevistamos para Auca con el resultado de un artículo que figura en nuestras páginas.

El número anterior fue presentado en el Centro Municipal de las Artes en un acto al que asistió el pintor Antogonza, y en el que los componentes de la Asociación Auca de las Letras rendimos un homenaje deleitando al público asistente con una composición audio- visual sobre su vida y obra. Posteriormente, ofrecimos un recital poético en las Aulas Gastón Castelló con la participación de algunas alumnas del centro que demostraron sus buenas aptitudes como rapsodas.

Esperamos que la revista sea del agrado de nuestros lectores y les recordamos que el próximo número será un monográfico dedicado al poeta alicantino Vicente Mojica. Ya estamos trabajando en ello, lo que supone un gran gozo tanto por la lectura de su obra como por el trato con las personas que rodearon su entorno más cercano.

María José Arques Cano

Insomnio

En la rotunda oscuridad nocturna,
escrutando rincones y pensando, pensando;
analizando todo pequeño ruido,
ese crujir de la madera seca,
la persiana que tiembla con el aire,
el motor del ascensor, una puerta al cerrarse...
El rodar de los coches suena a asfalto mojado.
De vez en cuando,
el agudo sonar de una sirena
que se clava en mi carne como un dardo.
El reloj del salón da las horas
largas, largas, tan largas…
y yo las voy contando.
Bajan los cierres de los bares de la calle
y oigo las bruscas voces
de los últimos noctámbulos.
Estentóreos tambores en la noche,
–*tan-tanes* de la selva urbana–
las motocicletas emprenden el regreso.
Me voy adormeciendo cuando ya apunta el alba.

María Rosario Mohinelo

Un clásico señorito

Inflado como un globo
paseaba Don Pascual
del brazo de su amada
con camisa "almidoná".

De la Glorieta a los puentes
de Corredera a San Juan
de Santa Justa al molino
del río a la Catedral.

Paseaba muy gallardo,
sin hablarte y sin mirar,
como mástil estirado,
iba siempre Don Pascual.

Saludaba a las señoras
con su gran cordialidad,
alzándose el sombrero
seguía su caminar.

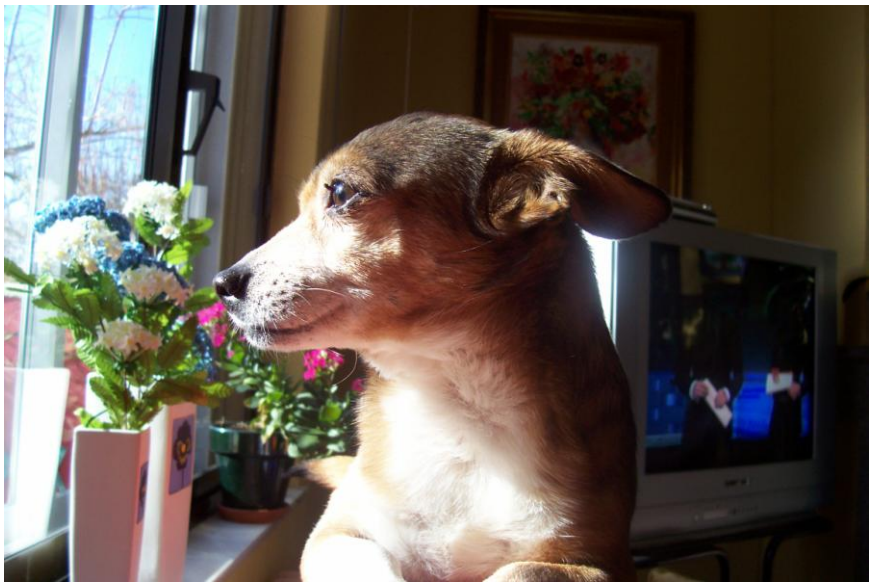
Los domingos iba a misa,
y más tarde a pasear;
se tomaba sus vinitos,
y después, a merendar.

Paseaba muy gallardo
el señorito Pascual
de la mano de su amada
como globo de cristal.

Así vivía el señorito,
así vivía Don Pascual,
distanciado de los pobres
y de este noble chaval.

Trinitario Rodríguez

NALA, LA COMPOÑITOS



Parecerá mentira, la falacia más grande del mundo, pero es cierto: una perra chihuahua ha ganado un concurso literario de relato breve, de esos que convocan los ayuntamientos y las diputaciones para noveles o primerizos. Lo sé de buenísima tinta porque fui su mecanógrafa, su intérprete y sus pezuñitas. Escuché sus guaus, sus grugrús y una suerte de suspiritos del alma, que despertaron mi capacidad de oír y conocer los hechos. Palabrita, palabrita de escribidora. No delatamos el nombre del galardón, por si a los chihuahuas del mundo mundial se les ocurre imitarnos y nos birlan otros premios, una vez sabido que es posible buscar y encontrar una secretaria.

Estaba Nala que no podía con su almita cuando llegamos a Salamanca, patria de insignes y preclaros hijos; apenas levantaba las orejas y el rabo no cabriolaba como es costumbre y ley perruna celebrando la bienvenida de una querida amiga; se orinaba por las esquinas, apenas comía. Así empezó toda la aventura. Zafarrancho de amos, teléfono a la carga; María José, su perriatra, que llega con un todoterreno, vestida de vaqueros, muy campera ella. Con tres tímidos guaus dice Nala: ¡Cielos mi perriatra! y se deja dócilmente auscultar estirada patasparriba sobre las rodillas huesudas de la señora. ¡Qué poco fina y delicada es esta doctora!, dice Nala, emitiendo varios gruñidos seguidos que me dieron la pista de lo que estaba diciendo.

Apretujón de abdomen, (gritito gutural) palpación de sus minúsculos compoñitos femeninos, gestos de dolor perruno. Muy mal, fatal, una infección enorme, el útero está lleno de pus, dice la perriatra, mientras aprieta. Hay que operar enseguida, añade, porque esto no lo cortamos con antibióticos. Dos días más no dura.

¡Cielos, el quirófano! Le vino a la memoria cuando operaron a su amita y a ella no la dejaron acompañarla y aún se le remueve el corazoncito del susto. Nala se estremeció, lanzó dos suspiros profundos y se dejó llevar en volandas por Maria José hacia la clínica veterinaria en el todoterreno salpicado de barro que olía a boñiga de vacas, dando tumbos por las calles empedradas. Una especie de loco safari entre fachadas de piedra de la época de Maricastaña. Nala asomaba el hocico por la

ventanilla y aquellas velocidades le parecían vertiginosas. ¡Pasan esas cosas tan rápidas cuando una perrita se pone enferma en Salamanca! Se sintió una criatura importante.

Rápida apertura, casi patada olímpica, de la puerta de la clínica veterinaria. Maria José rápidamente coge la jeringuilla de la anestesia y ¡pum! con un ágil movimiento, la deja blanda en un suspiro. Gesto con la mano para que salgan todos de la mesa de intervenciones que abulta cinco veces el tamaño de Nala.

Y en el sueño de su anestesia me contó Nala su perra vida.

Me abandonaron en invierno; o tal vez me perdí, insinuó lanzando un profundo suspiro rematado con un grugrú muy triste. Caminaba por la calle tan grande, tan llena de gente –intuí en su voz un miedo tremendo-. No veía ningún rostro de amo que me gustara, que me diera una esperanza. De pronto la vi a Ella con un pantalón de cuero. Tenía cara amorosa y yo la seguí a cierta distancia. ¿Tendrá perro? ¿Querrá una perrita sin pedigrí, sin antepasados, perdida y famélica?.

La seguí discretamente; ella taconeando garbosamente y yo detrás al trotecillo, pero disimulando como no queriendo que me viera; cuando ella se paraba, me paraba; cuando se entretenía en un escaparate me quedaba quieta mirando al suelo para disimular mi persecución implacable.

Cruzamos media ciudad y de pronto se detuvo ante la verja de una casa baja con jardín. ¡Cielos qué lugar tan lindo para vivir!. Di una carrerita para alcanzarla y ella me vio. Y cuando abrió la puerta de la casa me colé a toda velocidad. (En este punto del relato, Nala emite un jadeo fatigoso, para imprimir mayor énfasis al suceso).

Allí vivía Yuyos, un viejo yorkshire que tenía todas las trazas de ser bastardo puro ¡qué alivio!. Me acarició la señora y me habló con voz dulcísima y supe dentro de mi corazón de perra descastada que me iba a quedar allí; a pesar de estar Yuyos, porque Yuyos me dijo que tenía muchos años y se iba a marchar pronto a los Campos Elíseos, a gozar de la Pax Canina.

Soy una perrita rescatada de la malicia callejera, con un pasado de penurias, hambres y frío, superviviente del hampa urbana y sin pedigrí, pero a mis amos nos les importa; me aman porque me aman, porque saben amar a una perrita chiguagua impura como yo. Soy mimada, mimadísima. ¡Ah¡ y me han llevado varias veces de vacaciones al mar, a Alicante, a una casa preciosa con jardín, y me han buscado novio chihuahua y he tenido un cachorro que se llama Goku. Al decir esto, Nala me lanza un prolongado guauuuu lleno de íntimo gozo.

Mi ama, Toñi, es perfecta, me entiende perramente hablando; la adoro (gruñido de placer); pero casi amo más a mi amito Ramón, que me consiente todo y me enseña a hacer el León Feroz y otras cosas muy edificantes, por ejemplo hacer cosas muy bonitas con la madera.

Los recuerdos se me van deshaciendo como pompas de jabón; ¡Ay!, tengo la tripa dolorida. ¿En qué estábamos?.

Llama la perriatra; todo ha concluido bien; vuelve con Nala envuelta en una toquilla de bebé, aún adormilada. Nala sigue soñando y me suspira entrecortadamente más sentimientos perfectamente caninos.

Están aquí todos esperándome; hay gran alboroto de gasas y algodones y me ponen una malla en todo el cuerpo; para que no me toque la herida dicen; Nala me lo cuenta con dos gruñidos rematados por un guauuu largo y gutural.

Mi amito pequeño ya se ha hecho maxi, super, archi, top grandote; Goku le quiere muchísimo; es su héroe kung fú. Si alguna vez nos atacaran chinos malos, él nos salvará con un patadón imponente, de lado y cerrando los puños –tres guaus y dos grugrús seguidos se le escapan–. Vivir con esa protección da mucha paz y gran seguridad en este mundo mundial lleno de vilezas, de guerras y de cosas malas, pero que muy malas, que se ven en la televisión.

La Compoñitos es un mote que me ha puesto la amiga de mi ama; se llama Mercedes y le estoy cogiendo mucho cariño desde que sé que interpreta mi lenguaje perruno. Algunas licencias le permito como ésta de apodarme La Compoñitos, refiriéndose a mis cositas femeninas que mi ama jocosamente llama compoños.

¿Sabes qué? Cada perro lleva una vida diferente –ahora Nala filosofa profiriendo suaves suspiros, mimosos y tiernos-. Podría haberme quedado aterida y hambrienta en medio de ninguna parte, pero mi vida está llena de gratitud y de amor. Voy comprendiendo la vida de mis amos como ellos comprenden la mía; una vida serena donde hay un regazo donde acurrucarse; donde hay carreras y juegos, rincones apacibles y paseos. Hay amigos entrañables que vienen a visitarnos. ¿Será este el Paraíso de las leyendas de los perros chihuahua que no tienen pedigrí, pero en cambio tienen un amor tan grande?

Nos han galardonado por este cuento; aunque el jurado sospecha que todo es un invento de la mecanógrafa, os confirmo que el mérito no es del escribiente sino del alma canina que dictó estos sentimientos con guaguaus, gruñidos y suspiros de corazón perruno.

P. Scriptum: El 14 de Abril de 2008, casi ayer, ha muerto Nala, de quien yo era sus pezuñitas escritoras. En el corazón me queda su recuerdo con un pellizquito de tristeza. ¡Qué la acojan con benevolencia en el Elíseo y por sus campos retoce eternamente!. ¡Guau, guau y requeteguau, amiga; tú ya sabes lo que quiero decirte!.

Mercedes Rodríguez García-Olías

Cosas

Cada hora del día acostumbro a mis manos
a turbios minerales, a escorias y sustancias,
toco cada segundo la piel de ásperos muros
o las aguas oscuras de un mar inenarrable.

Quiero que se me entienda cuando hablo de yeso,
cuando escucho paredes de cal o de preguntas,
cuando rompo las hojas del silencio infinito,
los estambres del tiempo, la nostalgia sin límite.

Que nunca hablo de espíritu, que ya sé que está el viento
tejido con alambres y herraduras y tuercas,
y que el aire que viene y el aire que se ha ido
tiene el rostro de selva y el carácter de llanto.

También hay una noche de exasperantes lavas,
de terribles urgencias, de alaridos y sombras,
una noche de esperma que empuja a los volcanes
y hace saltar arañas de la hondura telúrica.

Yo nunca hablo de alma sino de espanto y grito,
de membranas calientes, de pulsos y gangrenas,
ya que el tiempo lentísimo me atraviesa los ojos
con las incertidumbres de lo que está pasando.

Que soy un hombre hecho a dormir con la tierra,
a llorar con mujeres y con hombres de sangre,
a decir las palabras manchadas por un siglo,
sucias desde un milenio con óxido y con furia.

Que no duermo en la tarde como se duerme un muerto,
que no cierro mi puerta ni clavo mi ventana,
sino que abro mi casa hacia los horizontes
y a todos los caminos que van hacia la vida.

Por ello cuando hablo de amor hablo a los hombres,
a todos los distintos de mí, y sin embargo
tan próximos al ruido que mis ojos anega,
al espanto que turba mis órganos y huesos.

Cuando hablo de aquello que nos está pasando,
de aquello que transcurre y muere entre nosotros,
hablo sólo de cosas, de materias, de objetos:
la mesa abandonada con un sólo cuchillo,

la silla sin un cuerpo de niño y sin su risa,
el libro que se cierra cuando nadie lo ama,
el lecho que no sabe de besos, pero sabe
de fiebre, de cansancio, de humano sufrimiento.

y todas esas cosas, y muchas más, creciendo
de pronto, y exaltadas y salvadas y hermosas,
y yo, que las contemplo y las miro y las toco
como si fueran mías, dichosamente nuevas.

Gozo de cuanto existe, pasión de lo que vive,
exaltación del cuerpo y del sexo y la boca,
terrible paroxismo del placer o el fracaso,
de la congoja arisca o del amor que fluye.

Toco el agua o la yerba o una flor o la nieve,
lo junto a todo aquello que desde lejos amo,
y todo se convierte en plenitud vivida,
todo se hace esperanza y desnudez y júbilo.

Tengo todas las cosas: cada día en mis vértebras,
cada hora o minuto o segundo en mis lágrimas,
cada sí o cada no, cada estremecimiento,
en mis profundas células, en mis últimos poros.

Yo sé que cuando toco una fracción minúscula
de superficie, especie, sensación o experiencia,
estoy rozando toda la integridad de un mundo,
de un laberinto húmedo, de un alquímico sótano.

Y sé que lo que existe, lo que me habita ahora,
con lo que fui ayer, habla de lo que soy:
alguien que ama las cosas humildes de la tierra
y al que ha de amar la tierra cuando ya no esté vivo.

Francisco Alonso Ruiz

NOSTALGIA

De mediana estatura y complexión delgada, la chica que se mantiene de pie frente al puesto de frutas y verduras exóticas que reina en medio del supermercado tiene un algo que hace que me identifique con ella. ¿Será su piel oscura y su pelo negro y ondulado o la manera de suspirar al ver tantos colores que seguramente para ella tienen un significado especial?

Con el rabillo del ojo mira hacia uno y otro lado para asegurarse de que nadie la observa; entonces, coge un mango como quien toma un objeto precioso. Lo acaricia no sólo con las manos sino, sobre todo, con la mirada. Con la uña hace una pequeña incisión en el fruto y se lo lleva a la nariz. Su inspiración es profunda y, tan larga, que parece que viajara al infinito o al menos a su país de origen. Resta por unos segundos con los ojos cerrados como para guardar en una parte privilegiada de su ser ese regalo que su olfato le ha concedido. Posa el fruto en su lugar y toma un trozo de caña de azúcar. Los colores del tronco, amarillo y verde con pequeños trazos negros, no tienen el brillo de la planta cuando está unida a la tierra y los extremos, secos, me llevan a pensar que la cañamiel no es jugosa, pero por la manera de acariciarla, sé que no es el objeto en sí que la chica acaricia sino los sentimientos ligados al pasado.

La chica coloca en su lugar el trozo de caña de azúcar y pasea sus dedos sobre la superficie de las yucas y los plátanos pero no logra agarrarlos. Su espalda se ha quebrado. Su cabeza parece tan pesada que su mentón casi toca su pecho. La chica es sacudida por una serie de convulsiones. Sé que está llorando. Sé, por haberlo experimentado tantas y tantas veces, que no llora por los frutos en sí sino por los sentimientos ligados a ellos. Por la falta que le hace su familia, por su amigos, por su tierra, por su lengua, por su pasado...

Quiero socorrer a la chica, pero una brecha de melancolía se ha abierto en el centro mismo de mi alma. Las lágrimas fluyen de mí como una llave de agua demasiado abierta. Hago un esfuerzo por cerrarla y lo logro. No es el momento ni el lugar de liberar los sentimientos ligados a algo que fue y que no será. Esa chica necesita ayuda y quiero dársela.

No sin esfuerzo me acerco a ella y coloco la palma de mi mano sobre su hombro. Ella levanta la cabeza. Conectamos nuestras miradas. Me doy cuenta de que podemos comunicarnos telepáticamente. Le digo que no está sola. Que somos muchos los que hemos escogido hacer la experiencia de vivir separados de lo que fue nuestra tierra y nuestra gente. Que si ha sucedido así es porque estamos preparados para ello. Que ya nuestra patria no está ligada a un espacio físico y que nuestra gente no es tan solo nuestra familia de sangre. Que debemos acostumbrarnos a ver el mundo y a nosotros dentro de ese mundo desde un plano absoluto.

La chica parece haber comprendido porque mueve la cabeza de arriba abajo repetidamente. Se traga sus últimos sollozos, me agradece con la mirada y se va por el pasillo de productos alimenticios. A medida que se aleja me doy cuenta de que, como ella, yo también acabo de comprender una verdad de la que nunca antes había sido consciente.

Maritza López Lasso

Tres sonetos

I

Me complace estar cerca de tu esencia,
de tu rotunda fe, de tu consuelo,
de tu alimento, voz estricta y vuelo,
corazón de mirada en tu presencia.

Me induce pervivir sólo en tu ciencia,
sobresalir del páramo y del suelo,
y al recostar el único desvelo
formalizar el ser de tu conciencia.

Me indica tu ilusión lo poseído.
Me estima la función en lo pensado.
Me aturde tu ilusión en lo vivido.

Y no pudiendo ver lo que me es dado,
afloro a tu expresión tardo y querido.
Y acudo a tu impresión impresionado.

II

Solamente te intuyo y te renazco,
te fijo, te sonrojo y te respiro,
te halago, te sopeso y te remiro,
te infundo, te descuento y te complazco.

Solamente en tus sienes hoy me nazco.
Altamente te tengo, pues deliro
de hablarte y estrecharte en mi suspiro
que inútil va a lo extraño en que me plazco.

Tuve tanto de ti que fuiste nada.
Que fuiste la ilusión de un mar sombrío.
Que anudaste de amor el ala alada.

Y por no presumir de escalofrío
despertaste a tu luz que me era dada
por un intento de contento mío.

III

Era tu alma lo que en mí buscaba
de sobrada inquietud la mansedumbre,
y sin dar de su aliento la costumbre
al alma iluminante iluminaba.

Era tu honor lo que en mi amor quedaba
fuera de la razón y de su lumbre,
destapada en la gracia toda herrumbre
que en paciente impaciencia se formaba.

Era de tu ser como destello grato
lo que anhelante, instantes retenía.
Y sin saber si estaba en armonía

mi fe se desbocó. Y en su contrato
quedó mi voz compacta y tan sombría
como en perfecto y mágico retrato.

Fernando Gil

Objetiva y realmente

Hora es de sopesar
de hacer balance,
hora de recordar
y olvidar mucho
aunque también
deberías volver
a algunos casos,
revivir sucesos
que te hicieron
soñar intensamente.

No es la fugacidad
lo que más duele.

Sabido es que el instante,
inaprensible, te ha de llevar
a donde nadie sabe.
Es, sin embargo, aun más irremediable
el fraude y la mentira
que hombres e ideas traían aparejados.
El correr y correr
tras fantasmas que huían,
siempre tras una lumbre
que se apagaba siempre.
¿Para qué caminaste
tanto y cuanto?
¿Para qué atravesaste
los tormentosos mares?

Ahora que ya descansas,
el secreto conoces:
eras tú quien pintaba
engañosos colores,
eras tú quien urdía
las enormes patrañas.

Nadie tuvo la culpa:
tú mismo te mentías.

Manuel Parra Pozuelo

Life goes on (She drinks whiskey all the time)

¿Qué nos queda por hablar
a ti y a mí,
después de haberlo dicho todo,
de compartir ocio y negocio,
sueños, vigilias, y algunas camas?
Nos han unido la noche y la ciudad,
viajes y días de tedio,
amigos, jardines, y restaurantes,
bonanzas y miserias,
incluso algún deporte
poco y mal practicado;
pero ahora tú bebes tu whiskey,
y yo te observo desde el silencio que es una esquirla
de hielo mal nacido…
la vida continúa.

Sergio Gadea Escudero

LA NIÑA TRIPLICADA

Sobre un cuento de Ana María Matute de" Los niños tontos"

I

Dentro del armario olía a cera, a flores muertas, a alcanfor, a ropa antigua. Una caja abierta dejaba ver unos zapatitos rojos con borla y una muñeca envuelta en papel de seda y naftalina. La muñeca era de cartón, mofletuda, de mejillas rojas y ojos de cristal, de mirada fija. En los ojos se reflejaban los objetos de la habitación y las ramas que asomaban por la ventana. La muñeca y los zapatitos pertenecían a la niña. En aquella habitación no se la veía. No estaba en el espejo de la cómoda. Ni en la cara arrugada y macilenta que sacaba la lengua y se ataba lacitos de colores en sus canos y escasos cabellos. La niña de la habitación no está muerta. No está en ninguna parte.

II

Dentro del armario olía a limpio, a lavanda, a ropa colorida y fresca. Una caja abierta contenía unas deportivas y una maquinilla de juegos. Además una Barby vestida de ballet, un piano, un tren sin vías, un coche deportivo sin pista, un bloc y lápices de colores, cuentos, un Batman con su capa y un Spider-man con su tela de araña. Sobre la cama, la niña, lo contemplaba todo. En su carita pícara, una sonrisa. Con su dedo índice señaló cada uno de los juguetes. Los cuentos se abrieron y pasaron las páginas pausadamente. En el piano sonó *El Lago de los Cisnes* y Barby bailó en puntillas girando sobre si misma. El tren traqueteó alegremente en una vía invisible. El coche en un circuito imaginario, corría haciendo trompos inverosímiles, Batman volaba en busca de aventuras, el hombre araña tendía su red y escalaba la pared, los lápices dibujaban en el bloc que había desplegado sus folios blancos. En el espejo de la cómoda los objetos componían un frenético móvil. Las ramas del olmo se asomaban a la ventana, mientras una brisa traviesa las agitaba. La niña está allí, jugando con su prodigiosa fantasía.

III

Dentro del armario olía a medicinas, a desinfectantes, a olvido, a juguetes en reposo cansino. La ropa de alegres colores se avergonzaba y pendía lánguida en espera de una mano querida. El olmo asomaba sus ramas que se agitaban, rumorosas, tratando de llamar la atención. El espejo de la cómoda refleja el rostro macilento de una niña. Profundas ojeras rodeaban sus ojos apagados y tristes. La cabeza brilla en el cráneo cerúleo. El gesto desalentado. Mira con desgana los juguetes que se amontonan en el armario. Unas lágrimas ruedan por sus mejillas demacradas. Su cuerpo se retuerce en un quiebro que hace que se encoja de dolor. Se tira sobre la cama, crispando los dedos en la colcha. Hunde la cara en la almohada ahogando los gritos de dolor. Poco a poco se relaja. El cuerpo flácido tiembla con pequeños espasmos. Exhausta, con los ojos cerrados, la niña de aquella habitación parece dormida.

Airam Lebasi

Escuchad cehegineros mi lamento

Un pueblo entero llevo sumergido
en este corazón que me palpita
sonando en Alicante mi latido.

Y en la región de Murcia se acredita
el pueblo de Cehegín que me succiona
la sangre que contengo y que me agita.

Recordar mis raíces me emociona
y sufro con la pena y la alegría
del pasado que guardo en mi persona.

Los recuerdos son pan de cada día
que sustentan mi vida en un momento
y me empujan de paso a la agonía.

Escuchad cehegineros cual lamento
se me escapa del alma por mi madre
que tan lejos está, y cerca la siento.

Lucía Espín

EL MISTERIO DEL TAXI

Antonio, como de costumbre, empezó la jornada laboral con su taxi. Después del desayuno y de darle un beso a su mujer, sacó el coche del garaje para dirigirse a la ciudad. Conectó la radio para escuchar los informativos de las primeras horas.

Justo al pasar por la estación de RENFE, una viejecita, con dos cubos y un ramo de flores en las manos, le hizo el alto. Con cierta dificultad, la anciana tomó asiento en la parte trasera.

—¡Menos mal que ha llegado usted! ¡Llevo más de media hora esperando! ¿sabe usted?, a mi me gusta ir al cementerio temprano, ¿sabe usted?

Antonio, antes de poner el coche en marcha, para reafirmarse en la dirección dada, le preguntó a su pasajera:

—¿Entonces, usted quiere ir al cementerio?

—Sí, claro, —dijo ella.

Durante el trayecto, se entabló una pequeña conversación.

—Hoy creo que no me despistaré, porque llevo en un papel apuntado el sitio donde mi nieto está enterrado. El otro día estuve dando vueltas y más vueltas, y no pude dar con él.

—¿De qué murió, de accidente? —preguntó Antonio.

—No —contestó la abuela —Es que, ¿sabe usted?, “se pinchaba”.

Cuando el taxi paró ante la puerta principal, un silencio sepulcral reinaba dentro del coche. No había nadie. El conductor, perplejo ante lo que estaba viendo, o no viendo, inspeccionó la parte trasera del coche. Sólo había un papel arrugado con unos apuntes, exactamente los datos que la abuela le había comentado hacía unos minutos.

Llevado por una repentina curiosidad, Antonio, con la nota en la mano, dio varias vueltas entre las tumbas, buscando las inscripciones que llevaba apuntadas sobre el papel.

Más parado que un muerto se quedó el hombre cuando vio una lápida y sobre ella, la foto de la anciana que hacía menos de media hora, traía en la parte trasera de su coche y una inscripción: Doña Marcelina Rocamora Pérez. 1927 - 1999. Descanse en Paz.

Mati Bautista

LA ESCISIÓN DEL SILENCIO

1. Entre el silencio otoñal en el claustro de una abadía cisterciense y el estruendo silencioso en la sala almidonada de un frenopático, será siempre la manera de enfrentarse a la angustia la que determine el sentimiento de orfandad en el hombre. El monje que calla y el loco que grita, expresan con su gesto la misma y abrumadora sensación de soledad en el ser humano.

2. El silencio y la soledad dialogan bajo la sombra de árboles milenarios.
Según el poeta José Ángel Valente, los jardines no son espacios solitarios, sino lugares de diálogo apacible generado en estancias de soledad.

3. Antes de la melodía, el silencio de la partitura sobre la cual el maestro va tejiendo los acordes. La rueca necesaria donde mentalmente hilvana la escala acústica de su propio réquiem. Antes de la música, la sinfonía silenciosa de la nada. Después de la música, el silencioso desgarro de la ausencia.

4. Hay silencios ensordecedores y silencios perversos. Está, por ejemplo, el ensordecedor silencio de las bombas cuando no están cayendo o la silenciosa mirada del niño Ali Ishmail postrado sobre un camastro del Hospital General de Bagdad, con los dos brazos amputados y la cara desfigurada por la metralla. Pero hay un silencio perverso, un silencio que ofende por su nihilista concepción del dolor ajeno. Es el silencio del occidente sometido: el silencio de los corderos.

5. Quizás sea el silencio la más alta forma de expresión. Dos amantes pueden no decirse nada durante horas; al despedirse, saben que todo ha sido ya dicho.

6. Dicotomías del silencio:
El silencio de la piedra o el clamor de la estatua.
El silencio cristalino del agua o la rabia desatada del océano.
El silencio de la luz o el murmullo de la hoguera.

7. El silencio del universo como única respuesta a las interpelaciones de los poetas.
Lo que quiero decir / es que no tengo nada que decir / que todo lo que digo / lo digo solamente / solamente lo digo / sin decir nada, ─dice el poeta Jorge Eduardo Eielson─.
Y enmudece Westphalen, otro gran poeta, como si las palabras no le fueran a llenar la vida y ya no le quedara más que ofrecer. Se calla porque el silencio pone más cerca los labios y detiene a la muerte en los umbrales. Enmudece, sobre todo, porque sólo el silencio sabe darse a la muerte sin reservas.

8. Compré hace años, en el mercado madrileño del “Rastro”, un silenciador catódico. Es un aparato cuneiforme, semicircular y de poco peso, parecido a un calidoscopio pero con el cristal totalmente opaco. Cuando el ruido de la gran ciudad se hace insoportable lo enfoco directamente al sol; entonces me traslada a una dimensión de mansedumbre donde reina el silencio total: a la enigmática cripta gótica de la abadía del Mont Saint Michael, a los almendros nevados al pie del Fujiyama o al crepúsculo perfecto sobre las dunas del Kalahari.
En días nublados o lluviosos, el aparato no funciona.

9. Lección magistral: El profesor diserta sobre el tema del silencio. Los alumnos escuchan con suma atención. Poco a poco el profesor comienza a bajar el volumen de su voz hasta que ésta se apaga definitivamente. Los alumnos, absortos, continúan hasta el final de la clase escuchando lo que el profesor ya no dice.

10. Billy Colins hablaba de los silencios rotos; de aquellos que dejaban de serlo.
El silencio del jarrón que cae, antes de impactar contra el suelo… o el silencio del cinturón cuando no está castigando al niño.

11. Pero el silencio se postula definitivamente en la blancura del sueño o en la liturgia profana de un equinoccio. Lo más sagrado transita siempre entre el tiempo reposado de las estaciones y el paisaje que las alberga; es la condición humana la que tiende a escindir, en silencio, ambos abismos.

Fco. Javier Fernández

Newlorquianamente a Federico

Copiando a Federico
persigo el alma
de las calles newyorkinas,
transito por su asfalto,
penetro en sus abismos
abrumados por ruidos y riquezas,
colmados
de cieno y de miserias.
Un vaho encenizado empaña mi visión
imprecisando rostros,
sin distinción de piel ni razas,
moradores cianóticos,
que rezagan su efímero pasar,
bisel de encrucijada
desnuda y desdentada.

Es la confusa esencia de New York,
donde la paz
no encuentra a la paloma;
ni los lagartos tapias
por las que trepar al sol,
ni los gatos tejados donde maullar.

Por este laberinto
no hay ruiseñores, ni blancas azucenas.
Sólo unas flores,
robadas de su aroma
y desteñidas,
se atreven a brotar
expuestas
al cieno y baldes de basura,
cachivaches y ropajes en desuso,
molestos moscardones y excrementos.

Y hay otro New York, el de los ricos,
el que huele a Channel,
y a orquídeas de vistosa floristería.
Barrios de lujo
y distritos iguales a Manhattan,
a Broadway, la meca del consumo,
y Wall Streel y su capitalismo.
Aquí lucen su pedigrí,
los dueños y los perros,
que atados a cadenas de brillantes
se arrastran tras sus amos.

El aullido del hambre
se inserta por los huesos,
entre música infernal.
Cual fiebre esquizofrénica
galopa contagioso
mientras el vicio
se apodera de niños,
de jóvenes y adultos,
que a través del desánimo
chapotean por el fango;
esnifan cocaína,
expelen marihuana,
presumen de navajas y pistolas.
En este enjambre
que absorbe la cordura,
la corrupción está servida
en oxidado plato de latón.

¡Control del ruido!
grito en silencio,
¡qué haya armonía terrenal
entre los seres creados,
qué las máquinas enmudezcan,
y cesen los atascos,
qué los gases letales se evaporen,
y las costas y espacios protegidos
conserven su biosfera,
qué se frene al fin

el desconcierto!
Utopía.

Los ojos de la noche,
palpitantes estrellas soñadoras,
tratan en vano de alumbrar la tierra,
su brillo,
lo interfieren espadas trasmisoras,
tentáculos
de progreso dañino
parabólicas antenas.
Ciudades de insomnio,
itinerarios de pasos
forzados por la prisa.

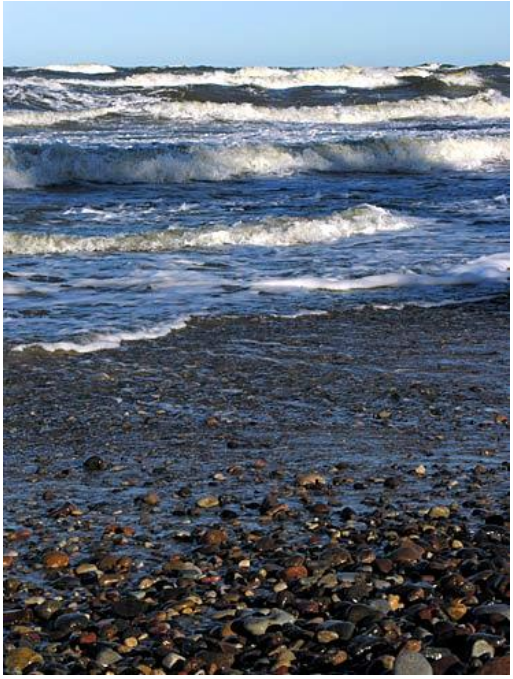
Filtradas por un brillo opaco
las luces
intermitentes se salpican
¡con rojos, verdes y ámbar...!
huyamos del ciclón de las calles newyorquinas,
torrente desbocado,
espejo de ciudades prisioneras,
pilón de rascacielos,
geométricos enjambres de cemento y hierro.
Razas, doctrinas,
religiones de todas las edades y lenguas.

Ciudades,
pueblos medianos o pequeños
que sufren en sus carnes la impudicia,
la sombra incontrolada del progreso.
Es el síndrome de la Roma
fastuosa y seductora.
El síndrome sensual y pecador
de Sodoma y Gomorra.

Máxima riqueza y miseria extrema,
contagio desbocado de locura.
Urbanizaciones lujosas para pocos,
pueblos de sequía,
huérfanos de pan y de justicia para el resto.

Mª Amparo Benito Díez

Las piedras de la playa



Gritan como yo,
mas parece
una cadencia líquida y amable.
Rugen como yo,
y todo es dulce geología,
un ir y venir de olas sucesivas.
Araña la sal el rostro del guijarro
como a mí,
como a mi rostro transeúnte
que muere en el salobre espacio
de una lágrima mendiga.
Gastan como yo, las piedras,
su vida en un estéril rito de nostalgia.
Ellas, queriendo ser orilla,
yo, huyendo de mañana.

Julia Díaz Climent

Arpegios

Todos los días muero por tu nombre
como expira la noche con el alba.
Todos los días son una quimera.
Me despierto en el centro de mi tiempo
con un dolor que muerde
y sé que has escrito de nuevo
en alguna guitarra tus deseos.
Me sobran argumentos cotidianos
para añorar el beso de tus miedos.
Y sin embargo aspiro y me recreo
con otros caprichosos contratiempos.
Y cuanto más me alejo, más me odio.
Si arriesgo en la aventura, me retracto
y vuelvo a divagar en la premura
que provoca tu apremio involuntario.
A versos me deshago por tu nombre
a desgarros abiertos, a pinceladas negras.
Me envuelvo en herméticas membranas
donde no pueda entrar la mano tibia
de tus recuerdos cálidos y neutros,
pero el hilo violeta me delata
brillando en las atmósferas etéreas,
allá donde te mecen los arpegios.
Todo aquello que adoro por tu nombre
me abraza en los más íntimos instantes
y me devora a fuertes tarascadas
que me aturden con placidez extrema.
Entregada al dominio de tu imagen
sobrevivo al transcurso de los días
que ya sólo subsisten por tu nombre.

María José Arques Cano

Autobiografía apócrifa

Parto sin rumbo cierto,
a morir en un hotel,
en Florencia, en París,
en Viena o en Londres…
acaso en Roma,
sí, posiblemente en Roma.

No regresaré jamás a Buenos Aires…
tampoco a Madrid;
ya acabé con esas ciudades.

Lejos quedan ya los días de Parque Chas
y los escarceos amorosos con Betty
en el sótano de *Smirnoff*,
el amigo librero de la calle Corrientes
a quien sólo le gustaba el *jazz*…

Nunca pude llevarme
a la cama a Renée,
a quien amé mucho
mientras le hacía
el amor a Alicia,
a quien amaba Guido,
mi amigo revolucionario
al que asesinaron los milicos.

Hubo un tiempo en que fui escritor,
ahora ya no,
pero siempre podré contar
mi infancia porteña,
mi juventud bohemia
y mis fracasos editoriales.

Al cabo, ésta fue mi vida
y Roma es una mujer
que sólo existe
en una película
de Adolfo Aristarain.

Joaquín Juan Penalva

EL CAMPESINO Y EL MAR

Marchó Saoro al bungalow de su hija cuando la tarde otoñal se iniciaba entre nubes blancas y un sol cálido y agradecido.

Principió su partida por un lugar conocido como Gran Alacant atravesando, en primer lugar, un solar con restos de escombros de las obras realizadas en las cercanías, luego llegó a un camino pedregoso que zigzagueaba entre los retorcidos pinos, camino del faro de Santa Pola, entre arbustos de romeros, tomillos y vestigios traídos por la brisa de las dunas de arena próximas al lugar, iniciando un suave ascenso.

El paso lento y cansino revelaba su ancianidad. Bajo su brazo izquierdo, una antigua caja de latón. En su mano derecha, un bastón de avellano que le servía de apoyo.

El esfuerzo de nuestro caminante le recompensó parcialmente cuando vio que ante él se erguía el Faro de Santa Pola con su orgullosa, blanca y maciza presencia, descubriendo que una imponente valla metálica le impedía acercarse más.

Saoro, entonces, decepcionado, decidió sentarse en una gran roca desnuda mirando en silencio aquel ojo marino y cristalino sin luz, que muchas décadas atrás había visto, cuando él aún vivía en la Partida de la Hoya y visitaba alguna vez al tío Roc, el farero, al que traía algunas cosas de su huerta por encargo suyo. Y a su vez, el vigilante marino, le contaba historias de naufragios a cambio de algunas papelinas con las que líar las hebras de tabaco que llevaba, y que Saoro, a escondidas, le traía del bar del pueblo.

Y veía, entonces, cómo la tarde se le convertía en noche, casi sin darse cuenta, entre historias increíbles, leyendas de monstruos marinos, como la del Llop Marí de la cercana isla de Tabarca, y lejanas anécdotas de marineros, calafates y piratas berberiscos, que, en otras lejanas épocas, asaltaban los pueblos costeros.

Se imaginaba, entonces, ser un niño, embarcado en un inmenso galeón de grandes velas decoradas, surcando los siete mares y luchando contra aquellos temibles piratas, llegados de exóticos lugares.

Ahora, desde ese lugar, Saoro todavía podía ver el horizonte del mar, en todo su esplendor plateado, en aquel atardecer, como un espectáculo bellísimo y singular.

Siempre le atrajo el mar, pero fue un simple agricultor, como lo fueron sus padres y, antes que ellos, sus abuelos, alejados de cuestiones marineras. Siempre amó ese azul de azules del verano, ese manto aterciopelado lleno de rebosante vida marina.

En estos momentos, jubilado ya desde hacía tiempo, sentía que aquellos recuerdos eran, en su soledad, los que le hacían compañía. Se acordó de la caja de galletas. Y con sus rudas manos de labrador la abrió, como si fuera la primera vez que lo hiciese, pero ni sabía la de veces que repitió en el pasado aquel ritual, en la complicidad de su dormitorio.

Sus viejos ojos oscuros, como su piel, aún conservaban su vigor, pese a los muchos años de su existencia.

La primera cosa que sacó del recipiente fue una foto descolorida, que contempló con tristeza y dolor. Se trataba de una foto pequeña de estudio de su difunta mujer, la besó y con toda la ternura de la que fue capaz, volvió a depositarla en la pequeña caja.

Después, sorprendido, apareció entre sus dedos una foto en la que estaba él de mozalbete, acompañado de un recio anciano que lucía sobre su sonrosado rostro una poblada barba blanca, y que vestía una camiseta de rayas que realzaba su prominente barriga.

Saoro quedó gratamente sorprendido y maravillado. No recordaba ya aquella foto. Pero allí estaba.

La realizó un fotógrafo forastero, que amablemente se la regaló.

Aquella imagen era la del tío Roc, el farero.

Sí. Parecía que fuera cosa de magia.

Al verla, Saoro le habló como si el viejo farero estuviera presente:

-Si viera tío Roc en lo que se ha convertido esta costa.

Tanto que usted la quería…y que me decía que todo esto era salud para esta tierra, el regalo de este mar.

Entonces recorrió con su mirada aquella larga costa plagada de apartamentos, chalés, centros comerciales y bungalows, todo en un frío y encalado cemento. Respiró profundamente el aire perfumado por el salitre. Aquellas playas ya no eran las desérticas playas del tío Roc. Unas tímidas lágrimas recorrieron las mejillas de Saoro.

Y las gaviotas, con sus graznidos, lloraron con él. Se conformó con devolver a su vieja caja la foto del pasado. Y de ella sacó un librito de roídas hojas envuelto con una cinta de seda roja. Él sabía que ese libro era la causa y el motivo de este imprevisto y solitario paseo. En él estaba la solución de los problemas de todas las futuras generaciones de su familia.

Y sin embargo, de momento, todavía no estaba dispuesto a entregárselo a nadie.

Siempre tuvo presente la enigmática frase que su abuelo le decía cuando la cosecha era mala: - “Nieto, no te apenes. A pesar todo, somos los pobres más ricos de este país.”

Y cuando le preguntaba el porqué de dicho comentario, él solía responder: -“Ya te enteraras cuando seas mayor.”

Entre sus callosas manos estaba la respuesta, que ahora ya, con sus muchos años, era evidente que conocía.

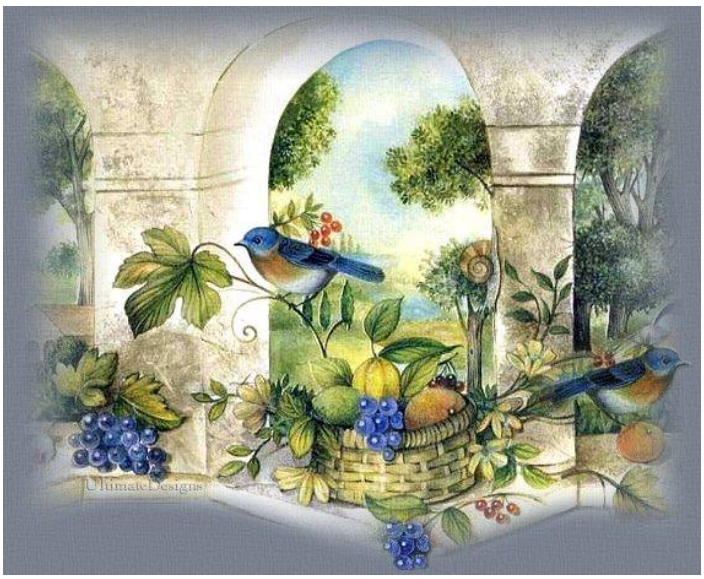
De pronto, una voz lejana y familiar le reclamaba desde el camino. Eran sus nietos buscándole.

Devolvió el pequeño libro a la caja y la cerró lo más rápidamente que pudo.

Todavía no había llegado el momento de revelarles el secreto.

Luis S. Taza Hernández

Qué canten los ruiseñores



Qué canten los ruiseñores,
que cesen las metralletas
y estos viles dictadores
de matar a los poetas.

Dolorosos como dardos
los pinchosos limoneros,
las aristas de los cardos,
que canten, Dios, los jilgueros.

Liberados de sus jaulas
en los verdes pastizales,
en las mesas de sus aulas
y alegres en los maizales.

Qué canten los ruiseñores
en los barbechos arados
a salvo de los traidores
y estos fascistas tarados.

Pesadilla de mis sueños,
de los pobres jornaleros,
de los pueblos extremeños
y los mártires yunteros.

Esclavos de los cortijos,
de los áridos bancales,
mal nutridos y canijos
umbríos como juncales.

En las huertas valencianas,
los viñedos castellanos,
las praderas asturianas
y en los huertos oriolanos.

Donde viven en barracas
y en penosos cobertizos
hechos de adobes y estacas,
hojalatas y carrizos.

Qué canten los ruiseñores
con los mirlos cancioneros,
los verderoles cantores
las grullas y los jilgueros.

Entre las bellas palmeras,
los naranjales floridos,
en los campos y en las eras
y en los valles coloridos.

Qué canten bellas canciones,
sus poemas censurados,
en los blancos algodones
y en los floridos granados.

Cantores de nacimiento
que le cantan a la vida
con todo su sentimiento,
a pesar de su honda herida,

causada por un gobierno
violento y autoritario
más sombrío que un invierno,
penumbra de Trinitario.

Qué cesen ya estos señores,
los que dicen ser cristianos,
de causarles más dolores
a los poetas españoles,
a los poetas oriolanos.

¡Qué canten los ruiseñores!

Trinitario Rodríguez

Nébula

Tocar nébula
estremece
miedo acerbo quema
la yema encarnada.
Nada sabemos
de la eterna nébula
tú y yo.
Asusta digerir el universo
renovar la imagen amada.
Convoca efigies
en ángulos agudos
esquinas barricadas.
Solos.
Varados en el albor infinito.
Solo Él sola Yo,
penetramos los intersticios
de la Nada.
Solo Él sola Yo
descenderemos al beso de la niebla.
Habrá acabado el mundo
el pecho palpitante el sexo
la palabra final.
Serán las cosas soplos leves
hojarascas polvo nada
burbujas evanescentes
nébula nébula
sombras vagando
en la albura del deseo.

Mercedes Rodríguez García-Olías

EL REGRESO

El tren que me lleva de regreso a mi ciudad natal, el tren en el que huyo de un fracaso sentimental que me ha hecho sufrir durante meses, es aerodinámico, rápido, limpio, silencioso… El paisaje parece huir también, como si algún peligro lo acechara; entreveo algún bosquecillo de polvorientas sabinas, mullidos campos, grandes extensiones de viñedos… El día es luminoso y cálido, el cielo azul y mi tristeza amarilla.

Cierro los ojos y evoco los años de mi niñez, pasados en la ciudad a la que vuelvo después de tantos años y veo de nuevo a mi amiga Laurita, la niña estudiosa y responsable del tercero. Era huérfana y vivía con su abuelo y una de sus tías. A pesar de su corta edad despedía un aire de seriedad y melancolía que el cariño de su familia no lograba desvanecer

El abuelo, D. Senén, catedrático emérito de filosofía, flaco y orgulloso, no renunciaba a un trato entre pedagógico y paternalista con los pocos vecinos con quienes se relacionaba. D. Senén pretendía, sin conseguirlo, camuflar su hermosa calva con un fleco lateral de pelo ralo que adhería a ella a base de fijador. D. Senén pasaba buena parte de su tiempo en la biblioteca rodeado de sus amigos los libros, que, prisioneros en altos armarios con puertas de cristal color verde caramelo, esperaban pacientemente el momento de salir de su encierro y conversar con su dueño. La joya de la corona era un libro cuadrado, antiquísimo, confeccionado con pergamino. Tenía en la biblioteca su mesa de trabajo, equipada con una escribanía de plata y cristal de roca que despedía los siete colores del espectro cuando algún rayo luminoso la alcanzaba, una silla con el respaldo y el asiento de cuero repujado y grandes tachuelas plateadas, y un bargueño oscuro abrumado de talladas escenas cervantinas. Sobre una de las paredes campeaba una panoplia; en ella, entre un florete y una daga, descansaba una espada recia y a la vez airosa que había pertenecido al abuelo de D. Senén, distinguido militar, héroe en la lucha contra el francés, por cuyas hazañas ganó varias medallas y perdió una pierna. La espada, algo oscurecida por el orín y en parte mellada, prueba indeleble de su valentía, lucía orgullosa de sus pasadas victorias sólo comparables a las de la Tizona.

Dª Mercedes, tía de Laurita e hija soltera de D. Senén, era de mediana estatura, delgada y rubia del frasco. Alegre, simpática y bondadosa, siempre interesada por los problemas ajenos tratando de remediarlos en lo posible. Dª Mercedes amaba a Laurita como si fuera su propia hija, la envolvía en el manto cálido de su cariño y luchaba por encontrar la manera de ayudarla a desterrar la tristeza en que la había sumido su orfandad.

Laurita y yo estudiábamos en el mismo colegio, lo que unido a nuestra vecindad propició el nacimiento de una amistad como sólo son las de la infancia: incólumes al correr del tiempo.

Mi madre y Dª Mercedes también eran buenas amigas. Pasaban muchas tardes juntas tejiendo o cosiendo en la intimidad del mirador, desde donde contemplaban el mundo exterior, el transcurrir del tiempo, la llegada de las estaciones, el bullicio de la calle…

Porque la calle tenía vida propia. El afilador pasaba temprano, su musiquilla daba la orden esperada para iniciar la jornada. Los comerciantes levantaban los cierres rebeldes; los fruteros componían el cuadro multicolor de las banastas de fruta; los carniceros preparaban las piezas de carne, las ristras de morcillas y salchichas; en los

bares se servía el café, los churros, la copita de aguardiente para matar el gusanillo… Las señoras acudían, madrugadoras, a la iglesia; los niños partían hacia el colegio sobrecargados de consejos maternales. El olor del pan recién cocido se expandía por todas partes. Dolores, la panadera, limpia y sonriente, resplandecía tras el mostrador, luciendo algún que otro lunar blanquecino y harinoso…

El tren, que ha disminuido su marcha, corta el hilo de mis recuerdos. Se acaba el viaje. Nos recibe un laberinto de vías enredadas y diviso con claridad la marquesina de la estación. Hemos llegado. Recojo mi exiguo equipaje y me apeo.

Un taxi, indiferente al mandato de los semáforos, me conduce a mi destino. Paseo por mi vieja ciudad en un itinerario que podría recorrer con los ojos vendados. Querida ciudad: aspiro profundamente tu aroma, el perfume de tus parques. Saludo a las gentes que te habitan, a los monumentos que te adornan, son mis amigos, les grito: ¡He vuelto! ¡He vuelto! ¡Estoy aquí de nuevo!

Hemos llegado. Contemplo la fachada de mi antigua casa, ahora remozada, el hierro de los balcones, los avizores ojos de las ventanas, el parpadeo de las persianas, la elegancia de los miradores y, mentalmente, doy gracias al cielo que la ha salvado de la picota de la especulación. Oprimo el botón del portero automático que desentona en el marco señorial y decadente del edificio, pero no se puede mantener en la actualidad un verdadero portero.

Conmovido por la generosa propina, el taxista suicida se empeña en llevar mi pequeña maleta hasta el ascensor, se despide sonriente. La cabina se ha puesto en marcha y mi corazón, hasta ahora sereno, ha enloquecido. Me atuso el pelo, estiro mi falda, me preparo para el encuentro.

Dª Mercedes me espera en el umbral, sonriente. Ha cambiado su pelo rubio por un nimbo de algodón de azúcar. Su cuerpo parece más frágil pero su mirada, alegre y vivaracha, desmiente cualquier atisbo de fragilidad.

Me abraza emocionada. Enseguida me da noticias de Laurita: sigue feliz en EE.UU. con su marido y sus hijos. Ha dicho feliz, ¡por fin lo ha conseguido! El próximo mes va a venir a visitarla con toda su familia. Nos encontraremos de nuevo en el escenario de nuestra infancia.

Pasamos al interior. Siento que el pasillo medroso, los altos techos, las molduras de escayola, el ajedrezado pavimento me reconocen, me dan la bienvenida, se alegran tanto como yo de mi regreso. De pronto, me inunda una inexplicable sensación de seguridad, de paz. Paso el brazo por los hombros acogedores de mi vieja amiga, le digo lo feliz que me siento. Estoy llena de confianza en el futuro. Sé que todo va a cambiar para bien, que se han acabado mis penas, que una nueva vida venturosa estaba aguardando mi llegada.

Maria Rosario Mohinelo

Tardes de invierno

Las tardes del invierno tienen una pereza,
casi como desgana, casi como cansancio,
como si, poco a poco, se durmiera la tierra,
desdibujando todos sus límites y espacios.

Las tardes invernales se pintan con un gris
cromatismo, en un tono casi como acuarela.
Lo digo en esta página tal como yo las vi
las tardes de mi infancia: sucias y cenicientas.

Yo de mi adolescencia o de mi infancia tengo
esa misma pereza y esa misma desgana.
Que tengo de las tardes impregnados mis huesos,
llevo todas las tardes de ceniza en mi alma.

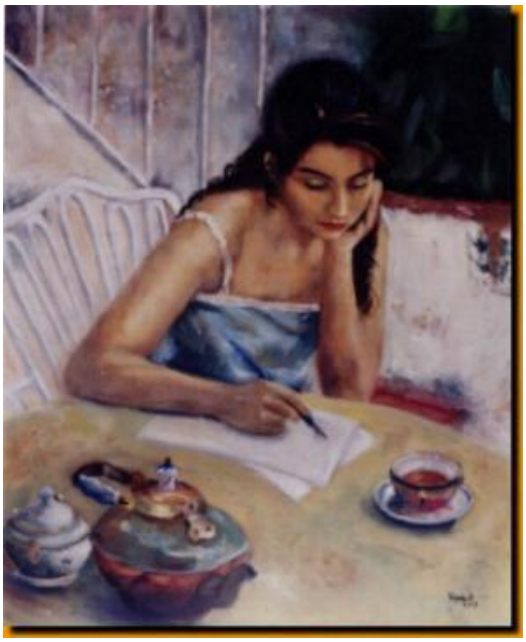
No sé si eso sucede porque viví en lugares,
en calles alejadas, en calles siempre viejas,
que ya se me ha teñido de abandono mi sangre,
que siempre que camino veo cerradas las puertas.

Son tardes como ésta en que un poema escribo
con que quiero expresar cuanto dice el invierno.
Ni siquiera se puede decir que tengo frío,
sólo hay melancolía en la piel de mi cuerpo.

Tal vez de aquella infancia a este tiempo de ahora
no haya más que relojes, tiempo en el calendario.
Lo que haya en mí, supongo, es toda la memoria
de lo que fue imposible, lo que no he alcanzado.

Francisco Alonso Ruiz

Enésima poética



Como zapatos olvidados.
Como sueños confusos.
Como un tumulto irrepetible.
Como espacios pulcramente descolocados.

¿Es que nunca podremos
recuperar palabras
que se pierden en sueños
y ya nunca encontramos?

¿Es que, en esa condena,
va el dolor de saberse,
aún siendo uno sí mismo,
del todo inabarcable?

¿Es que no lograremos
tan siquiera un instante
acercarnos un poco
a lo que, en verdad, somos?

No te quejes, me digo,
y ocúpate de ello.

Y en eso estoy: Escribo.

Adolfo Celdrán

La Albufereta abandonada

En la extraña escalera de resina
que desciende a la rambla mal oliente
me hallo sentada junto al nuevo puente
mientras miro a la playa alicantina.

Playa que antaño fue la más divina
sita en la albufereta por su oriente
y ahora la empaña un muro repelente
teñido de graffiti con orina.

Mi residencia consta donde digo
entre la rambla fétida hacia el mar
y el nauseabundo muro del averno

Que se alza como déspota enemigo
en la grisácea arena sin remar
y bajo el dios dorado sempiterno.

Lucía Espín

El vacío del bambarambam

Silencio [...] La tierra acaba de alumbrar un árbol
De “Altazor, el viaje en paracaídas”de Vicente Huidobro

Resuenan palabras en el bosque de tus pasos,
círculos que giran en las esquinas de tus pestañas
En la pantalla hay secuencias de retorno,
reflejos en mis ojos
ojos con el iris de tu canto.

Hay gacelas de niebla que dibujan el rastro de tu nombre,
saetas clavadas en las alas del horrendo
Tu llanto es el saxo del corazón
en el que suenan puñales de plata.

La orilla de tu boca mueve dientes,
como espinas,
como dardos,
como fieras,
frías y salobres
posados en tus besos que vagan en auroras que no nacen.

Y yo, hacedora de tu espacio, caigo sin caer
a la luna de tu espejo,
abarco el vacío y me disuelvo en el valium de la pereza del otoño.

Préstame hombre las nubes para lamer las gotas de mi sed.
Angustia sonora,
angustia sonoranoche,
angustia sonoraloca,
angustia que muerde tus palabras que se funden
en las azucenas de tu sombra.

Filos de pantera que baila en guatiné sobre patines de seda.
Bambarambam tralalalari,
tripulo crepúsculos
y me deslizo sobre el sepulcro de tus cabellos desatados.

Después
nada
nada

Airam Lebasi

Tres retoños con nombres de mujer

Tres hojitas más le han salido al árbol de la vida:
Judith, Ruth y Esther

Tres son las hojas del anhelo,
pizpiretas, alegres,
de trigueño cabello.
Nacidas del amor
de un padre generoso,
y de una madre
salerosa y morena.

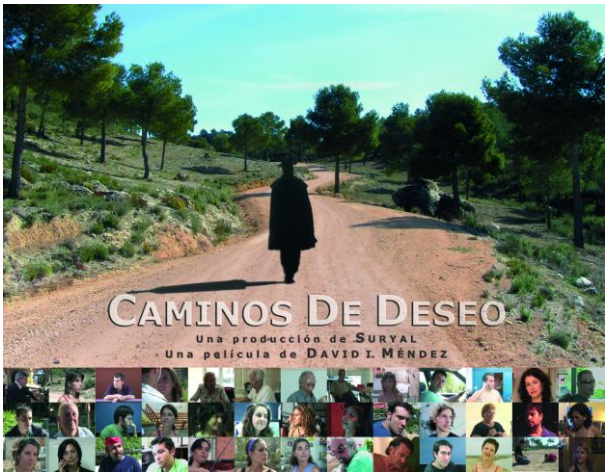
Alondras
de inquietos corazones,
alentando preguntas
apresuráis la marcha
por océanos azules
ceñidos de guirnaldas.

¡Soñad niñas, soñad!
y despertad despacio
que el amor, el dolor y la aventura
os esperan,
y habitan
en las esquinas de vuestro hogar,
en cada estrella,
en las multicolores alas de las mariposas,
en el jardín
o en la sangre risueña
que convierte a las niñas
en preciosas gacelas.

Henchida adolescencia,
sincera melodía anunciadora,
que nos revela sin vulnerar
el fruto esencial del árbol de la vida.

Mª Amparo Benito Díez

LOS CAMINOS DE DESEO DE DAVID I. MÉNDEZ



El día tres de mayo del presente año fue estrenada en la Casa de Cultura de El Campello la última película del cineasta alicantino David Israel Méndez, colaborador de la revista Auca, que en varias ocasiones nos ha deleitado con sus interesantes artículos sobre diversos filmes.

No es la primera vez que David Israel presenta una película, aunque sí es cierto que éste es el primer largometraje de su creación que ve la luz. El cineasta desempeña diferentes trabajos en sus filmes ya que es guionista, productor y director de cada una de sus cintas. Ha escrito y dirigido siete cortometrajes, entre ellos *El control de la carrera, Una mujer en lo oscuro, La emoción* y *Ellos y tú.* En el año 2000 fue premiado en el Concurso de Guiones promovido por la Universidad de Alicante, con *Las huellas rojas.* Tiene cuatro largometrajes a la espera de ser convertidos en cintas y asegura que cuando escribe un guión es incapaz de hacer otra cosa hasta que lo termina. Con motivo del estreno de *Caminos de deseo,* concertamos una cita con él para preguntarle sobre los detalles del film.

Es prácticamente imposible para mí hablar con David Israel Méndez sin sentirme indagada por su particular mirada cinematográfica. Se diría que filma mientras dialoga, algo que no merma sus magníficas facultades como conversador. Es un hombre que transmite una gran energía vital y, como siempre que platicamos, me sentí llena de fuerza tras nuestro encuentro, que duró varias horas.

Quedamos en una cafetería de Altozano Sur y allí me contó los pormenores del rodaje de *Caminos de deseo*, que comenzó en el dos mil cuatro con el planteamiento de las ideas, la producción de la película, la elección de escenarios y la búsqueda de actores que se ajustaran a los personajes, prosiguiendo dos años después con su edición y su sonorización.

La producción de esta cinta, cuya duración es de dos horas y cinco segundos ha corrido a cargo de David I. Méndez, Jesús Del Val, Bernardette de los Ríos, Dulce Fajardo, Conchi Pina, Pepe Gil, Marina Martínez de Baroja, Mª Ángeles Alcaraz y Ángel Méndez.

Los escenarios, exteriores en su mayor parte, recorren la geografía de la provincia alicantina desde Elche a Benidorm pasando por Biar, El Campello, San Vicente del Raspeig. También se han filmado imágenes en Bocairent (Valencia). En Alicante se han rodado escenas en algunos lugares emblemáticos de la ciudad y en otros sitios muy conocidos como los aledaños de la Plaza de los Luceros, antes de dar comienzo

las obras, el Parque de Canalejas, la tetería del Tábano, Panoramis, la calle Maissonave, el Parque Juan Pablo II en San Blas, el puente de acceso al centro comercial Plaza Mar 2, la avenida Dr. Rico, donde se tomaron imágenes dentro de un autobús, las lagunas de Rabasa, el túnel de entrada al Castillo de Santa Bárbara y un conocido pub del barrio de Santa Cruz. Según confiesa el cineasta, le encantan los paisajes urbanos de Alicante, ciudad a la que considera muy cinematográfica.

David ha contado con más de cuarenta actores en este film. Algunos ya han trabajado en sus cortometrajes aunque la mayoría son nuevas promesas del cine que ha encontrado en diversos grupos de teatro. Manuel Jurado, actor de las series televisivas *R.I.S.Científica, Cuentame y El internado* es Ángel en *Caminos de deseo.*

Respecto a la música, en la cinta se escuchan algunas canciones incidentales en pubs y cafeterías y algunos temas no originales. Además, suenan en el film un total de doce temas musicales originales, once de ellos compuestos por Pablo del Val, que también actúa en la película dando vida al personaje de Marcos, y un tema de Manuel Ortuño titulado *The ride of the souls.*

Caminos de deseo es una historia coral en la que los cuarenta personajes que intervienen en ella tienen una importancia vital para el desarrollo de la trama. Es un experimento narrativo bastante peculiar ya que juega de continuo con el tiempo y el espacio en la exposición de los acontecimientos, que se suceden a través de quince tramas argumentales principales que hacen referencia al deseo, ya que el tema del film está basado en los diferentes anhelos de las personas. Según palabras del propio David Israel, "*la película relata una historia de seres humanos que desean cosas y que intentan encontrar un sentido a lo que hacen y a lo que viven, convirtiéndola en una cinta algo existencialista. La vida es bonita pero a veces resulta triste y el film navega por esta idea. La vida puede ser fea pero siempre queda soñar. Me gusta la gente que sueña. Creo que el deseo es vital para la existencia".*

Es algo habitual en David Israel Méndez que en sus películas trate con profundidad los sentimientos humanos, las emociones, el deseo, la incertidumbre ante una obligada e inminente elección, como en el caso de *Ellos y tú.* Al abordar este tema David declara: "*Siempre hago películas sobre personas, sobre sus motivaciones internas, sobre todo aquello que les induce a hacer ciertas cosas; en Caminos de deseo muestro historias de la vida real que suceden en una ciudad y que son registradas por una cámara que, gracias a una voz en off, adquiere vida propia, convirtiéndose en uno más de los personajes. Esta cámara puede simbolizar el cine, que va buscando algo que narrar, un guión que filmar. Entonces, se mueve por una ciudad y va encontrando personajes. Mientras éstos le interesan, se queda con ellos y narra un trozo de sus vidas. Todo esto la cámara lo vive con tristeza, ya que tiene que limitarse a ser una mera observadora. Reconozco que el film puede parecer una entelequia. Lo cierto es que yo estoy realmente satisfecho de los resultados y ya estoy bastante relajado, aunque el sosiego se alargará durante poco tiempo, porque estoy escribiendo un nuevo guión".*

David se queja de que el mundo del cine entraña grandes dificultades y mucho trabajo que a veces no es reconocido, sobre todo "*si haces el cine que te gusta".*

Para finalizar le hice la siguiente pregunta:

-**David, ¿por qué haces películas?**

-Es una necesidad. No me siento tranquilo si no las hago.

María José Arques Cano

El amor en los tiempos corruptos

Hay quien cree que corromper
consiste en romper la vigencia de leyes o preceptos.
En cuestiones de amor la ley es esquiva,
─preceptivamente esquiva─.
El amor es un acuerdo que no se atiene a las reglas,
ni a convenciones morales, ni a lucidas prescripciones.
El pacto podrá sellarse en el humo de un beso
o en la eximia ternura de una leve caricia,
podrá ser entre dos, tres, o más personas
no necesariamente del mismo color,
ni condición, ni lengua, ni ombligo, ni sexo.
Puede incluso uno amarse mucho más a sí mismo
que al ajeno pelaje de cualquier otro cuerpo,
─hay soledades que abrigan algo más que algunas pieles─.
Amar ha de ser el ritmo pausado de una entelequia
elevada al mismo cetro del máximo placer.
Amar sin tapujos, sin normas, sin miedos,
amor sin concesiones;
no habiendo reglas, no hay excepciones.

Fco. Javier Fernández

El día

Cuando llega la luz la vida crece
e impone el resplandor de su presencia,
su clamor absoluto y su evidencia
que a la sombra destruye y desvanece,

entonces te levanta y te estremece
lo que durmió en lo oscuro y en la ausencia
se ocultó entre negruras e indigencia,
dejando el amargor en que fenece.

Aunque en la tarde, ya casi vencida,
degustamos la muerte anticipada
cada vez que la nada se proclama,

mordiendo tenebrosa en nuestra vida
y a la sombra se lleva desterrada
la luz que antes ardió en brillante llama.

Manuel Parra Pozuelo

CAER EN MI SOMBRA

Caía la tarde de aquel otoño cuando comencé a vislumbrar una imagen que ya me rondaba al ver ese tranvía que casi se rompía en pedazos. Debo decir que, para mí, la fotografía no es sólo la forma de ver las cosas que pasan alrededor, sino una forma de comunicación con los demás. Pero ocurre que, a veces, esto no es fácil, y otras es muy difícil conectar con mis espectadores fotográficos.

Concibo la fotografía no como algo instantáneo, sino más bien como algo madurado, pensado y esbozado. A veces escribo sobre lo que quiero fotografiar, otras veces hago un croquis sobre las posibles formas en que quiero la fotografía. Después de todo este proceso comienza la labor intermedia de escribir con las luces, es decir, hacer la fotografía.

La fotografía *Caer en mi sombra* no es, desde luego, producto de la casualidad. Creo poco en las casualidades; más bien en el rigor del trabajo. Esta fotografía tuvo un proceso de trabajo largo: primero fue imaginada de varias formas, luego pensé en la técnica de la toma, es decir, el objetivo, que, en este caso, sería 50 mm.; la profundidad de campo, el enfoque, la velocidad de obturación, las luces posibles (mañanera, cenital o mortecina…). Posteriormente, la elección del lugar de la escena tal y como yo la había imaginado. Lo encontré. Entonces, mi modelo (Natalia) y yo fuimos un mediodía, cuando el sol estaba en lo mas alto. Pretendía que Natalia cayera sobre su sombra, su propia sombra. Hice tres tomas solamente. Luego vino el cuarto mágico. Cuando vi por primera vez emerger la foto me impresionó y la guardé durante años, unos veinte. Una vez pasado mi propio control, la presenté en la última exposición, *La ciudad lejana*, que está recorriendo algunos lugares de España y ahora la podéis ver. Ya me diréis qué sensación os transmite.

Javier Serrano

M

Amando

Desciende,
a la umbría noche de la boca
y descendido,
bébete el aliento
cómete la fruta de mi lengua enmudecida
por la ráfaga osada de tu viento.
Desciende,
a las clavículas desnudas,
al incendio dormido de los senos,
y descendido,
clausura el atrio de mi piel
con tus dos manos.
Desciende,
a la dulce colmena dilatada
habitada por águilas y anhelos,
y descendido,
recítame en la cripta del ombligo
algunos de tus más dulces silencios.
Desciende,
inunda los templados manglares de mi fuego
de níveo magma rebósate, y ya luego,
asciende,
pondré en tu corazón mis alas nuevas
tejidas en las noches de aguacero.
Asciende,
socavarán mis labios tu dolor
mientras desudan, bizarras vastedades.
Asciende
y en toda tu extensión residirá mi beso
espérame en los ojos, arrebátame,
¡VOLEMOS!.

Julia Díaz Climent

A un pastor sediento

Basado en un poema de
Miguel Hernández

Quise despedirme más
y sólo vi tu pañuelo lejano irse.

Deprisa:
Atrapaste el horizonte
por caminos de asfalto,
y con alpargatas nuevas,
alcanzaste la gran ciudad.

El mundo se abría sobre tus pestañas

Deprisa:
Cafés de lujo, señoritos de manos blancas
y cuello duro.

Resuelta en lunas

Deprisa.
Confusos amores te inventaron.
Devoraron tus vírgenes poemas,
y tu juventud contenida.

Llueve como si llorara

Deprisa.
Algunos quisieron
apartarte de su mundo,
por miedo a contagiarse
de tu presencia agreste.

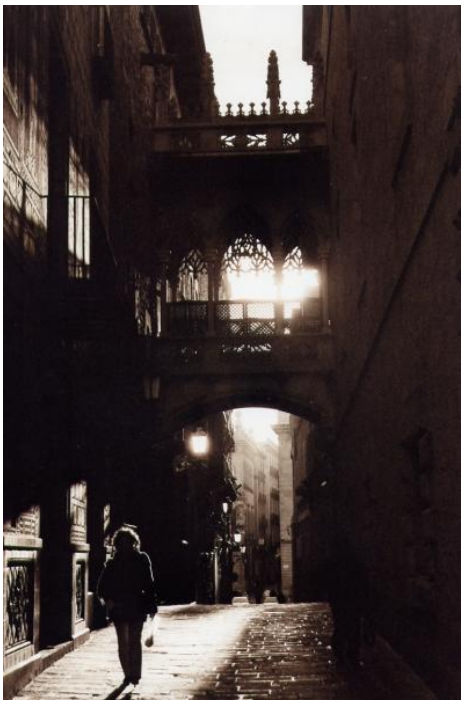
Nadie me verá del todo

Deprisa.
Volviste a tu pueblo,
pero tu pueblo, ya no era tu pueblo.
Ni tu casa era ya tu casa.

No fueron sólo tres las heridas.
Regresaste con otra más,
la del alma.

Mati Bautista

Sosiego



Notas sencillas, pausadas,
transportando calma al espíritu,
sosiego, paz, notas silenciosas,
ritmo lento. Del piano mazapanes,
dulzuras de cerezas.

Ojos viendo un lienzo en blanco,
llamadas, contrapunto,
nuevas uvas de armonía.

Te recuerdo: aquel estío en las playas de Sorolla.
El Palacio del Marqués de Dos Aguas.
Las ramblas de Barcelona: La Boquería, exposición
de frescos cabrachos…
Notas sencillas, la luna:
il rimembrar delle passate cose…
Todo hoy me trae de nuevo hacia ti.

Sergio Gadea Escudero

LOS OJOS

Hay ojos que miran hacia fuera y ojos que miran hacia dentro. También hay ojos que miran de soslayo, ojos cobardes que no se atreven a mirar de frente, y ojos que, por más que se esfuercen, nunca lograrán ver a tres sobre un burro. Hay ojos ciegos con vista de lince porque han aprendido a mirar de otra manera, desarrollado percepciones que escapan al ojo sano: miradas topográficas a través del tacto, miradas psicológicas a través de las inflexiones de voz.

Los ojos poseen la clave de los sentimientos, desvelan lo que no puede descubrir la palabra, pues están sin inventarse las que los reproduzcan fielmente. Ninguna palabra puede conmovernos como la mirada de un niño, como la mirada de una madre. Ningún discurso puede ser tan elocuente como una mirada; ningún secreto dolor puede ocultarse tras ellas.

De niños somos todo ojos: ojos ávidos, escrutadores, atrapadores, succionadores, interrogadores… Miradas alegres, felices, de niños afortunados y, con harta frecuencia por desgracia, miradas de niños desamparados, famélicos, enfermos, lisiados, prostituidos. Niños del tercer mundo o del cuarto; del segundo o del primero. Ningún rincón del globo se salva de la plaga del maltrato a la infancia. Miradas patéticas, desvalidas, acusadoras, que denuncian nuestro egoísmo.

En el transcurso de nuestra vida, abiertas de par en par las ventanas de nuestros ojos, vemos el gran espectáculo del mundo desfilar ante nosotros, entra a bocanadas por las pupilas, se desborda por sus compuertas. Nos llenamos del sol y la luna, las nubes y las estrellas, los ríos y las montañas, las gentes y las ciudades, los niños y los ancianos, los parques y los enamorados, la tierra y el mar…

El pecho es la alcancía de la mirada, moneda valiosa que se introduce por la ranura de los párpados. Nos hieren miradas afiladas, cortantes como cuchillos; abrasadoras como llamas; coléricas como rayos; hipnotizadoras. Algunas nos humillan. El abismo que descubrimos en otras nos paraliza. Nos han reconfortado, ilusionado, animado, llenado de felicidad, miradas comprensivas, esperanzadoras, alegres, cómplices, vitalistas, entusiastas, amorosas. Miradas y miradas han llenado nuestro corazón; han caído unas sobre otras, se han acumulado, tapado, ocultado, amalgamado. Están ahí, formando la sustancia de nuestros sueños, la materia de nuestra vida.

Cuando transcurren los años, nuestras miradas son un eterno retorno: se retraen, retroceden, descienden por la trastienda de las órbitas. Se deslizan, indagan en nuestro interior, buscan lo atesorado durante décadas. Ya no vemos de cerca; necesitamos ayuda para ver de cerca, mas, paradójicamente, lo lejano se percibe con nitidez, adornado con el ilusorio manto de la añoranza.

Nos edificamos, nos construimos, nos buscamos, nos vemos con y en nuestros ojos, y hasta a veces les preguntamos quiénes somos. Entonces ellos nos responden que somos la suma de generaciones de miradas anteriores, "*de ojos que ya no pueden ver la luz del sol".*

María Rosario Mohinelo

De la Glorieta al Casino

(Estos versos están dedicados a tantos niños, mujeres y hombres como yo, que padecimos en aquellos momentos de mi infancia esta situación, deseando que nunca más se repita por el bien de todos.)

Como un palomo abatido
pasé semanas sin sol,
sin aliento y desnutrido
esperando el pan de Dios.

Un pan caliente del día,
unos gramos de amistad,
una mirada sin ira
y un abrazo de hermandad.

Paseando con su dama
y sin quererme mirar
se lucía el señorito
como globo de cristal.

Caminaba hacia la feria,
a la estación, a cenar,
con su camisa más blanca
y pantalón de tergal.

Yo, hambriento y desnutrido,
sólo podía mirar
como comía el señorito
buenas tajadas de pan.

De tan gordo y tan brillante
no podía caminar,
te miraba muy distante
negándote su amistad.

Sólo quería ser rico,
a costa de los demás,
y pasear los domingos
con camisa bien "planchá".

De la glorieta al casino,
de Oriol al palmeral,
saludando a sus paisanos
con mucha cordialidad.

El sólo quería ser rico,
dinero para guardar,
y yo, niño desnutrido,
sólo podía esperar,
que en mi pueblo amaneciera
un día con claridad,
y que mi tierra acogiera
a tanto hambriento chaval.

Trinitario Rodríguez

Hoy el mar ha perdido los estribos

Hoy el mar ha perdido los estribos
y buscabame fuera de su cuenca
anegando los huecos de los vivos
sobre la tierra pálida y mostrenca.

Hoy el mar me persigue entre los muertos,
y lame con su lengua cuanto alcanza,
poetas, cementerios y desiertos,
dantesco salteador de mi esperanza.

Hoy el mar solo esputa crucifijos,
y ataúdes de espuma insinuantes,
que desembocan sueños y acertijos
en mis huecos heridos y sangrantes.

Lucía espín

Versos para Niké

Nike of Samothrace (c. 440 BCE)

IV

Benéfico zafiro que Lucifer furioso
arrebató de mi aúlica corona
herida, cayó al vacío la gema pura
quebrándose en mil soles y mil lunas.
De esas joyas preciadas y divinas
Soledad es mi Sol y tú…
tú podrías ser la flamante Luna.

V

Ven a perfilarme los rasgos de la cara
con el frutal reborde de tu dedo.
Ven a refrescar la frente mixtilínea
en mi sien de fontana bravía.
Te descubro, exquisita sonrisa
y tú me encontrarás hermosa.

VI

Recuérdale a tus manos doctas
y avezadas en el tacto puro
y la solidez de la cordura
que a pesar de fugitivos y cobardes
somos la profundidad del calor
de la armadura.

VII

El nombre te lo he dado
hurtándolo a una estatua
hallada sin cabeza en Samotracia.
Fue el mar en su insaciable avaricia
quien devoró la cara serena,
quien dejó intactas las alas
y los pliegues exquisitos
de la clámide perfecta.
Para ti, de la memoria eterna
he robado el nombre de una Diosa.

VIII

Premonizo que tu espíritu
avisado por heraldos del amor
escucha mi poema
más allá de las riberas de la muerte.
Puede nacerte ahora a mi conjuro
un alhelí en los ojos
y un heliotropo surgirá entre el polvo
y la ceniza de tu cuerpo
para rodear tu cuello, dulce paloma.

IX

Intramuscular, intravenosa
sedante y curativa
en la corriente de mi arteria aorta
desciendes veloz desde la mente
donde ha sido coronada tu presencia
intuida (pero ausente)
al panal del corazón donde paciente
espera una celdilla abierta
cálida, tranquila, acogedora.

Mercedes Rodríguez García-Olías

MONÓLOGO DE UNA MUJER REALIZADA

¡Caray!, qué pelmazos de encuestadores. Micrófono en mano trataban de sonsacarme, que si yo era una mujer realizada. A mí, que ya iba por la segunda jornada del día. Yo que soy la primera en poner en marcha mi casa. Y lo que les he dicho, no es que sea más lista que nadie, ni ninguna lumbrera, no taso el producto interior bruto de Asia, ni tampoco sé si las armas de destrucción masiva son un cuento de las *Mil y una Noche* o la patraña de algunos, pero vamos, lo que es realizada, ¡y tanto que me considero! Veintinueve años hace ya que trabajo en la pescadería de la "Palometa", eso por cuenta ajena, al tiempo que por la mía desempeño las faenas de casa y, además, hago de administradora, enfermera, psicóloga y hasta de conciliadora, para que luego piensen que las que trabajamos fuera no desarrollamos las labores de dentro. Y dispuesta y cumplidora cómo la que más, aunque se me vaya la vida en ello.

Algo de verdad debe de haber en los que atestiguan que cada cual tiene su propio destino, ¡la de veces que Víctor me lo decía! Sobre todo cuando me confesaba su sueño de emigrar a Australia. Menudo desengaño, quién iba a pensar que lo haría sin mí. La de veces que me reconcomía por dentro, sobre todo al principio de su repentina marcha, la de malos pensamientos que tuve, especialmente cuando me encontraba cuchillo en mano, despedazaba con saña los peces gordos sintiendo que troceaba a Víctor. Yo me hubiera casado con él a ojos cerrados, pero, menudo desengaño después de un noviazgo de tres años, truncados sin saber cómo ¡la de lágrimas que derramé por su escapada! Yo era tan joven, nunca llegué a entender esa callada por respuesta. Quizás algún día sepa la verdadera razón; no obstante, a pesar de los veintisiete años trascurridos no logro borrar del todo aquel hecho. ¡Qué le vamos hacer! Aceptaremos los designios de Dios, al menos, en cuestiones de pareja, eso es lo que nos dice homilía tras homilía, el cura de la parroquia al ver como aumenta entre sus feligreses el número de separaciones.

Es curioso que mientras escucho mis propias palabras me siento reconfortada, es como tomarme una aspirina para el cansancio.

Motivos no me faltaban para desconfiar de los hombres, fue pura casualidad conocer a Emilio. Un año después nos casamos; desde entonces soy la reina de su casa, ¡porque yo lo valgo, claro! a pesar de algunas lenguas, ¡vaya qué no!: me levanto la primera, preparo los desayunos sin que me mangoneen, pero...a gusto de mi marido y de lo que me exigen mis cuatro hijos ¡faltaría más! Eso sí, no me llevan la contraria ni cuando les ordeno las habitaciones o cargo con la ropa al tinte, y, aunque sin dar las gracias, que contentos se ponen cuando les lavo las deportivas, los zapatos se los dejo relucientes y las camisas sin una arruga. ¡Jesús, pero cuánto quehacer me dan!

Lo mismo ocurre con la comida ¡Con lo que me cuesta guisarla! y ellos se la zampan en un periquete! Y no digamos de los sabrosos postres que les preparo, a cada cual su preferido; lástima que no coincidamos nunca para comer todos juntos: en casa están lo imprescindible. Y por ahí no paso caray, siempre con sus prisas. Es entonces, cuando me siento sola, muy sola. Una no se acostumbra a que la independencia de ellos pulule mutis por la casa, me hace daño tanta indiferencia, pero lo que más me duele es vivir en familia sin ser participe de sus ilusiones, de sus proyectos, a no ser que estos sean monetarios, y entonces, sí, aquí está la prestamista.

En la pescadería me siento segura, es un lugar donde me refugio y desahogo charloteando con la clientela. Que no estaba bien visto -decía mi suegra -cuando me casé, que una mujer debe estar en las faenas del hogar, pero ¿cómo hubiéramos podido sacar adelante a los mellizos y a las dos chicas que vinieron después, de no haber sido por mi sueldo? Ya entonces ganaba más que su hijo, pero el caso era meter cizaña, porque bien que presumía al ver a sus nietos hermosos y limpios.

A veces, todavía tengo nostalgia de aquellos tres años de noviazgo junto a Víctor; dicen que el primer amor nunca se olvida. Será por eso que no puedo evitar cuando estoy de mala racha, pensar en él y en cómo me hubiera ido. ¡Le quise tanto! y no me arrepiento ¡faltaría más!

Los primeros tiempos de mi matrimonio fueron difíciles por culpa de la cascarrabias de mi suegra, siempre detrás por ver si me cogía en falta, pero aun así no me considero una víctima ¡de eso, nada! A mí en casa nadie me pone una mano encima ¡vamos! ni para prenderme el delantal; claro que tampoco lo hacen para apretar el botón de la lavadora, ni para tender o recoger la ropa, ni siquiera para acariciarme, y esa carencia sí me duele, que una necesita que la mimen, y que te digan que hueles bien, que mi trabajo me cuesta ¡córcholis! después de manosear día tras día el pescado.

Yo comprendo que el pobre de mi Emilio bastante tiene con su trabajo de conserje; sin agobios, pero servicial hasta donde puede; pasa la mañana de aquí para allá repartiendo cartas a unos y a otros con sonreír y contentar a los políticos de turno, tiene bastante, que eso tiene su miga. Viene agotado, y es que es tan poca cosa el hombre, todo lo contrario de Víctor, tan divertido como era, tan macizo, tan dispuesto y cariñoso, ¿cómo le habrá tratado la vida? Yo bien que presumía cuando paseaba a su lado. A veces sin pretenderlo, repienso y comparo. Mi suegra siempre me lanzaba indirectas maliciosas, diciéndome la suerte que tuve al casarme con su hijo, que de no ser por él estaría vistiendo santos. Pero qué culpa tuve yo de ennoviarme tres años y de que luego me dejara plantada.

Bien es verdad que Emilio es tan buenazo que, hasta para no incomodar ni estorbarme, -eso dice él-, se pasa las tardes en el bar de Luis, jugando a las cartas con sus amiguetes, después, ¡claro está!, de una buena siesta.

Yo en cambio esas horas las dedico a planchar, coser, salir a la compra o repasar la casa. A mis amigas les digo que este ajetreo y caminar, es bueno para la salud, ya me paso la mañana de pie detrás del mostrador sin apenas moverme, y el colesterol se sube por las nubes.

Menos mal que ahora ya no tengo que aguantar las habladurías de mi suegra, que Dios la tenga en su gloría, que en ella estoy yo, desde que pasó a mejor vida.

Vaya día que llevo. Es de esos en que una se siente con ganas de confesiones, después de haber abierto boca con los encuestadores. Pero lo que no les he revelado a ellos, por mucho que insistían en averiguarlo, es mi decepción. Según pasan los años, me doy cuenta de gran necesidad que tiene una de mimos. No es por nada, pero hay momentos en los que estoy hasta el moño de mi casa, de mis responsabilidades y de complacer a todos. Y por mucha mujer hecha y derecha que sea, no quita que, de vez en cuando y sin poderlo evitar, recuerde a aquel primer amor de juventud y hasta me alivia trasladar aquellos días de ternura a mi desatendido cuerpo.

Y por curiosidad, sólo por curiosidad, me pregunto ¿cómo hubiera sido mi vida de haberla compartido con él ?

Mª Amparo Benito Díez

Las arañas negras

Las arañas negras se posaban sobre los billetes del viajero,
las mariposas se arrastraban
en su pequeño espacio cansadas de dar vueltas,
la tormenta había revocado el efecto de las alas membranosas
y aunque el cielo era de una dureza marmórea,
paseaban los tarados y los más idiotas
haciendo sonreír a la lluvia con la calavera de la vida,
tiraban granos de aceite y harina entre las grietas de la tierra,
lacónicas miraban las brujas que habían perdido su magia.
El cielo había extraviado su vanidad, expirando.
Mugriento y guarro guardaba su partícula azul
al lado de su muerte, en una cajita, junto a una caléndula
y el encendido de una instalación eléctrica.
El espíritu mimético de Hércules bramaba
hasta ver héticas las líneas que había escrito la poesía,
la cual no se asfixiaba ante la fonación de palabras
compuestas por cinco tonos, dos semitonos,
y el dicterio lacónico que callaba a las sílabas,
tantos poetas han de haber capaces de sublimar la tiranía
como para no precisar un hálito que reanime lo que alguien dijo
y escribió en su solaz descanso.
Los bodoques y los más badulaques allí seguían, paseando,
y como timoratos cuerdos decían:
¡Oye loca…! ¡Oíd locos…! ni siquiera sabéis exclamar lo ponderativo,
la interjección;
¡cuanto más se ha de gritar…! ¡la vida no ha acabado…!
¡la vida no ha acabado…¡

Beatriz Barceló

El mar

Contemplo el mar como una fuerza oscura
y que jamás acaba.
Eterna la presencia de su cuerpo
tangible, hermoso, grande.
Alguien sueña en el mar, o con el mar,
pero, para mí, el mar es realidad contemplada,
evidencia de un ser
rotundo y esperado.
Yo espero siempre el mar,
espero que traspase mis ojos y los limpie
para mirar dentro de mí. Ojos preciso,
los ojos necesito para ver
todo lo que contemplo
ahora en primavera:
la lluvia, el cielo, el árbol, la montaña,
el cuerpo amado de una mujer o un hombre,
y sobre todo el mar.

Abrazaría el mar, lo abrazaría,
ahora en primavera,
como abrazaría el árbol todo lleno de pájaros ahora
y el cuerpo de la mujer a la que aún no conozco,
y como estrecharía la mano del amigo
que me dice adiós.

Abrazaría el mar
como si fuera el cuerpo de un hombre que necesita amor,
como a un compañero de mi alma que sufre,
lo abrazaría ahora en primavera
como todo lo abrazo y lo beso y lo acaricio
en mi vigilia, en mi sueño, en mi despertar.

No olvido que estoy vivo
porque somos del mar,
por ello mi alma y mi cuerpo,
y mis vísceras y mi sangre,
y todo lo que soy y lo que he sido,
regresa a su cuerpo y a su alma salina.
Pero no a sus profundidades: a su cercanía,
a su rumor y su noche, y su día de sol
a la verdad de su alma telúrica y genésica y mórbida
y que ama y que odia a la vez a la tierra
y a sus hombres y cosas.

Porque me siento vivo
ahora que vino ya la primavera,
porque somos del mar y de la vida
y de la tierra, y del árbol lleno de frutas
y el camino y la rosa y la espiga o el cielo,
y del cuerpo que nos ama
y del amigo que llega o que ya se ha ido,
porque me siento vivo,
agrupo toda la vida y todos los fragmentos
y los resquicios y sobrantes de alma,
todo lo que tengo de amor en cada hueso,
y la vida de todo lo que alguna vez
he tocado, sentido, gozado, sufrido,
junto toda la vida de la tierra
que ha añadido dolor o esperanza o alegría o música
en mis vísceras, en mis órganos, en mi sangre de hombre,
y miro entrañado de verdad y de tiempo
el mar, rotundamente vivo,
vivo en todo por siempre.

Y aún me falta vida para soportar
la rotunda y terrible y espantosa fuerza del mar
Porque estoy vivo y soy del mar
lo abrazaría en primavera.

Francisco Alonso Ruiz

LOS JUEVES

Roberta estaba inquieta, no sabía como llamar la atención de Carlos. Su vida había dado un vuelco tan importante del que no quería prescindir, necesitaba de esa sensación para su equilibrio psicológico. Carlos, su pareja, con la que llevaba conviviendo cinco años, era su gran pasión, del que estaba plenamente enamorada. Ese tiempo que habían compartido, transcurría en una sucesiva relación de vivencias realizadas en común. Se lamentaba sólo de que él no tuviese iniciativas, que dependiera tanto de ella y diese por descontado que debía ser así. Tanto es, que ella era la que aportaba variedad a su relación cotidiana. Se conocían desde el instituto. Empezaron a salir entonces entre pandillas de amigos, y sobrevivió esta relación hasta que en la universidad se afianzó. Hoy tenían una posición envidiable con buenos empleos que les permitían una situación más que desahogada, además, estaban unidos por lazos fuertes de amor, confianza y amistad. Seguían conservando los amigos de antes, sólo un día a la semana lo dedicaban, por separado, a las relaciones de sus respectivos trabajos y nuevos amigos. Roberta no conocía a los compañeros de Carlos más que de vista, y éste a su vez, no conocía los de ella. En estas reuniones Roberta descubrió la aventura y unas emociones de las que ya no podía prescindir. Pero ahí estaba la locura de su vida. Y no sabía como decírselo a Carlos de forma que no destruyese su relación. Tenía la costumbre de escribir un diario y a veces le leía a Carlos algunos de los párrafos. Él solía ojearlo cuando lo dejaba por el medio sin que a ella le importase. Podía recurrir a ese truco para darle a conocer su aventura, aunque resultaba muy manido el sistema. También pensó en un anónimo, pero estaba segura que Carlos no le haría caso. Era más fiable el diario. Hacía tiempo que no lo olvidaba, lo guardaba en el cajón de su ropa interior donde Carlos no iría a buscarlo. No se sentía preparada aún para darle a conocer sus últimas emociones. Pero ahora había llegado el momento de hacerle partícipe de ellas. Escribiría algo directo y se lo pondría en algún lugar de forma que lo encontrara. El jueves, día en que salían por separado, se lo dejaría encima del portátil. Ella se iba a las seis y él a las ocho. Como lo pensó lo hizo. Llegó el jueves y se marchó a su cita. Carlos se quedó ganduleando. Fue a buscar el ordenador, quería hacer unas cosas mientras esperaba la hora de salir. Se sorprendió de ver el diario, hacía muchos días que no leía nada de lo que escribía Roberta. Expresaba con mucha imaginación ideas poéticas y hermosas. Sin ningún reparo se echó sobre la cama y se dispuso a leer lo último: “Carlos es posible que estés leyendo estas líneas. Las escribí a propósito para ti. Los jueves me reúno con mi amante. Suena terrible. No te asustes. Te explico como fue. Tenía que decírtelo. Para quererte y dar tanto la necesito a ella. Siempre nos hemos contado todo y es muy importante para los dos que no interceda mi desliz de los jueves en nuestra vida en común. Quiero que sepas lo que ocurre y que podamos compartir como siempre todo lo que nos da nuestro amor. Te necesito a ti. No te voy a dejar. Ella también está comprometida y piensa como yo. Podíamos dejarlo como un acto íntimo, algo que hago yo, como lavarme o comer. Esta relación clandestina llena el resto de los días de luz y da más amor a nuestro amor. Si lees las páginas anteriores verás que no afecta para nada a nuestra vida y además te enteras de cómo surgió. Necesito de esta fuerza para mantener la mía. Te quiere. Roberta” Carlos cerró el diario con cuidado y se quedó pensando un rato largo con los ojos apretados y un suspiro contenido. Su cita con Ubaldo era a las diez. Sintió la cintura de arena de su pareja entre sus brazos y las manos de él aferrando sus glúteos hasta hacerle daño.

Le pareció oír el susurro de su voz golosa de acento cubano. Se estremeció y sus genitales sintieron el calor de la sangre, los latidos de su intimidad en el pubis... Roberta no debía enterarse. Lo que él sentía era algo animal que no comprometía sus relaciones pero que hacía que los jueves fuesen especiales. Era un suceso más de su día de amigos, como la tertulia que empezaría a las ocho. Por cierto, hoy se iba a comentar el último libro de Ubaldo, que Roberta tanto había alabado. Llegó la hora de salir y se fue como siempre a la tertulia y a su cita. Regresó sobre las doce. Roberta estaba tumbada en el sofá esperándolo. Bebía algo color ámbar, quizá un whisky, un leve pijama de seda torneaba su cuerpo. Carlos la miró intensamente viéndose reflejado en los ojos de ella. Se arrodilló a su lado, tomó su mano, besó los dedos uno a uno y le dijo: “Querida, te necesito. Eres maravillosa”. Ella se soltó la mano con suavidad y alzando la barbilla lo besó en la boca con toda la intensidad de su amor.

Airam Lebasi

Breve poema de amor

Vos sabés que yo
vengo de la melancolía a la melancolía
que confundo todos los lugares
la Plaza del Zócalo
con el Parque Ula Ula
el Danubio con el Lempa
a los niños andaluces con los de Panchimalco
la torre de París
con las de electricidad que daban frente a mi casa
allá en San Martín
cerca de Suchitoto.

Sí
la verdad es que lo confundo todo
hasta el color de tu pelo
con la espesa oscuridad de los cafetales.

Carlos Ernesto García

Gracias al padre

El azar o el destino, como se le quiera llamar, ha escogido para ti el día en que murió Cervantes, coincidiendo así con el día más universal de la literatura española, preguntas sin respuestas que quedan en el aire.

Yo no soy poeta, decías, pero siempre anduviste rodeado de ellos. Sí eras poeta, aunque no lo reconocieras, sino, no hubiera sido posible dedicarle a Callosa, tu pueblo natal, un poema tan bello, donde en algunos de sus versos, dices:

¡Oh, Dios! Que mi pueblo como toro bravío / consigue adentrarse en tus dominios / con monolítica ansia cósmica de Ti / no te limita esa luna de piedra / pues te lanzas camino arriba ,/ ni te limita la inmensa huerta / pues por sus andaduras verdes / vas al encuentro del mar / nacida junto a las canteras.

Porque me acostumbraste a tus ausencias,
y soñando contigo me dormía.

Porque me diste lo necesario para
crear en torno a ti, otro modo de
concebir la vida.

Por tus secuencias breves,
por tus fugaces idas.

Gracias por todos estos sentimientos,
arraigados en la sangre y en el tiempo,
que ya forman parte de un todo,
de una vida.

Mati Bautista

INTERIOR

Ella bebe vino. Únicamente brilla en la estancia su copa de cristal ligero y resplandeciente que deja ver sus labios que se apoyan en el borde cristalino, saboreando las últimas gotas de licor o del filtro de amor que parece embriagarla.

Ellos no me ven. Estoy bien situada y puedo verlos aunque un poco incómoda. Sé lo que hacen, pero no sé qué relación tienen entre ellos, ni por qué están ahí. Todo esto, debo reconocerlo, son cavilaciones mías, fruto de muchas tardes de juventud leyendo novelas policíacas. Así que, a poco me den una pista, tejo inmediatamente una historia que, en ocasiones acierto y en otras caigo en un estrepitóso fracaso. De momento, no me sonrojo si digo que les espío, les vigilo y, hasta quisiera escucharlos, pero no puedo desde aquí. ¡Silencio!, vuelvo a ellos.

El lugar parece envuelto en una bruma ocre, con sombras acusadas en los rincones. La luz del día pasa con dificultad a través del cristal de una ventana y, el resto del haz luminoso se descompone en añiles, burdeos, sienas y violetas, resultado magnífico que sucede cuando la claridad de la jornada traspasa los dibujos de la vidriera.

Voy a acercarme un poco más para obsérvalos mejor. La atmósfera cargada de la habitación no parece afectar a la pareja. ¿Serán amantes? ¿Ella soltera y él el adúltero? ¿Los dos infieles?¿Los dos libres? He de reconocer que la duda me corroe y sólo puedo deducir lo siguiente: creo que el bien parecido joven, que reposa paciente su mano sobre la jarra de la pócima granate que paladea la muchacha, tiene en el fondo de su mirada el deseo de que el ardiente líquido haga el efecto deseado en la joven. En sus labios una sutil sonrisa queda prendida en su rostro. ¿Por qué no se pone más cómodo? Parece que lleva mucho tiempo de pie. Mientras, ella sentada sobre una recia silla de madera, abandona su cuerpo, quizá ya, vencida por los efectos del alcohol. Su brazo izquierdo descansa sobre el vientre. Deben ser de buena familia, a juzgar por sus vestimentas, el rico tapiz persa que cubre la mesa y por el cuadro que luce en la pared verduzca y, cuyo marco, es de un costoso labrado en madera y cubierto de pan de oro. Un suelo de losetas verdes y naranjas recogen la escena como en un gran tablero de ajedrez dispuesto para jugar una gran partida.

Esto de espiar es incómodo. Me duelen los pies, las piernas...Me pregunto, ¿la libación de ese preciado licor es el antecedente de un encuentro amoroso?, ¿de una celebración?. Digo esto porque sobre una de las sillas descansa un laúd y hay partituras en desorden sobre la mesa. ¿Van a dar una clase de música? ¿quién la imparte?. Pero, ay, esto nunca lo sabré! y en esa duda me quedo cuando me separo un poco y leo un pequeño título debajo del cuadro que dice "Dama tomando vino", óleo de Johannes Vermeer. 1.658.

Pilar Lasheras Asensio

Al incógnito amado

Espérame en las alas,
en el resquicio abierto de las puertas.

Espérame en el puente
desde el que lancé el pasado
en un barquito herido
de papel sin velas.

Espérame desnudo
sin miedo a que te duelan
los hombres, las razones
el grito, las respuestas.

Espérame, amor mío,
en medio de la Tierra
mamando en mis raíces
futuras primaveras.

Espérame en el agua
que grita por tus venas,
en la cálida luz de mis ojos,
que llegan
convocando en tu boca
la más dulce presencia.

Espérame, amor mío,
en medio de la Tierra.

Julia Díaz Climent

VELMIA

Porque sé que si vuelvo a mirarme en tus ojos
brotará con más fuerza que nunca mi amor.
(Extraído de una canción mejicana)

Cuando Velmia llegó al acantilado, atardecía. Las nubes habían adquirido un tono violáceo que paulatinamente se tornaba gris. La playa gritaba desde abajo con sonidos sugerentes y marinos. Velmia, que siempre tuvo miedo a las alturas, tembló al acercarse a un risco sobresaliente del sendero. Avanzaba rauda entre la maleza. De vez en cuando sus manos apartaban alguna rama de salvaje eucalipto. Sus pies se encontraban a veces con las piñas que poblaban el suelo. El boj se extendía sinuoso y fresco por todo el bosque. Su tono a esa hora del día era de un verdor exquisito que ella atesoraba en sus pupilas con placer. Todos sus poros se estremecieron cuando vio a Athor, con su perro, en un recodo del camino. Era su mejor cliente. Pagador, respetuoso y discreto, la trataba con gran delicadeza y nunca difundió en la taberna sus tórridos encuentros.

Athor ató al can a un pino y se quitó los pantalones. La besó con deseo en el cuello y en los senos. Hacía frío y Velmia temblaba. Se entregó, como siempre, a los juegos eróticos de uno de los hombres más ricos de la aldea. Tan ensimismada estaba, tan inmersa en su álgida tarea que no advirtió que desde muy cerca alguien les observaba. La luna australiana iluminó a la figura ante los ojos expectantes de Velmia que, olvidando los gemidos de su amante, se levantó y profirió:

-¡Infrieck!

El hombre al que amaba la miró con sus negros ojos aborígenes y a ella no se le ocurrió otra cosa que huir. Salió corriendo medio desnuda. Athor escapó veloz en dirección contraria dejando a su perro amarrado al árbol.

Tras varios metros de persecución durante los cuales Velmia estuvo a punto de rodar por la montaña hacia la cala, Infrieck la alcanzó y la asió por el brazo.

-¡Puta!

Ella, aterrada, silenció muchas cosas que debió decirle esa noche. Debió explicarle que aquello que él comía a diario, ella lo ganaba gracias a la entrega de su cuerpo. Debió contarle que no trabajaba en una lechería del pueblo colindante. Debió declararle su amor incondicional, ése que le profesaba desde que era casi una niña, cuando él llegó a la aldea en su barco lleno de productos ingleses. Entonces todo marchaba bien, pero la guerra y el hambre habían destrozado su relación de forma evidente y ahora ella se encontraba frente a un hombre que era su enemigo.

Intentó soltarse y casi lo consiguió. Sin embargo, tras varios insultos y zarandeos, Velmia cayó por el acantilado. Durante el atropellado descenso se golpeó en la cara, en el pecho y en el cráneo y llegó a la ensenada inconsciente y con su floreado vestido roto y ensangrentado.

Infrieck sintió un fuerte impulso que lo inducía a bajar a atenderla, pero se contuvo. Era un desertor. No podría llevarla a un hospital, ya que se desvelaría su gran secreto y sería juzgado en un consejo de guerra. Además, oyó unas voces que se acercaban, así que se dirigió a su escondite y allí permaneció hasta el amanecer.

Velmia despertó de madrugada. Le dolía la cabeza y no podía moverse. Estaba helada. Se sentía muy débil. Miró de reojo el agua que la rodeaba y advirtió que las suaves olas se mezclaban con su sangre. Intentó incorporarse pero su cuerpo no obedeció a su cerebro. Así fue como se entregó a la muerte, con una terrible sensación de impotencia y abandono. Cuando amaneció, el mar se tornó bravío y una ola atrapó su ser inerte y lo introdujo en el Pacífico.

Por la mañana, Infrieck bajó a la playa para ayudar a Velmia, pero ella ya no se encontraba allí. Sus viriles lágrimas se diluyeron en las rosadas aguas, que transmitieron su eterno mensaje salado a través de los tiempos.

María José Arques Cano

Galicia encantada

Es esta tierra, curtida
por vientos y tempestades,
milagro pleno de vida
que se desborda a raudales.

Montes que asoman sus crestas
por encima de las nubes,
con sus empinadas cuestas,
que desde tus valles suben.

Moradas de viejas meigas
servidoras del Maldito,
conjuran con las tinieblas
en sus ancestrales ritos.

Se adornan con las vieiras,
danzan al son de las gaitas,
las han visto entre tus nieblas
y dicen que haberlas… haylas…

Prados tranquilos y llenos
de viejos pazos de antaño,
con hórreos repletos de heno
para alimentar rebaños.

Son las islas de tus mares
esmeraldas sin tallar,
paraíso de las aves
que cruzan el ancho mar.

Aquí la Naturaleza
derrochó todo su encanto,
alfombrando esta tierra
con tupido y verde manto.

Valles que, tras la espesura,
se ocultan de la mirada,
estallido de hermosura
de esta Galicia encantada.

Fuiste puerta de salida
de tus hijos hacia el mundo,
dolor en cada partida
dejando atrás el terruño.

Son tus sagrados caminos
rutas de la Humanidad,
a ti van los peregrinos,
Santiago esperando está.

Costas que rompen con fuerza
en la inmensidad del mar,
cicatrices en la piedra
que el agua hizo al llegar.

Marineros que se alejan
por faenar en alta mar,
mujeres que en tierra esperan
que vuelvan pronto al hogar,

con sus barcos bien repletos
de mariscos y pescados,
para ganar el sustento
que tanto esfuerzo ha costado.

Pueblo tenaz y curtido
en los peligros del mar,
con tanto llanto vertido,
que otro mar puede llenar.

Concejos muy escondidos,
por los que el tiempo no pasa,
y los puertos protegidos
dentro de sus Rías Baixas.

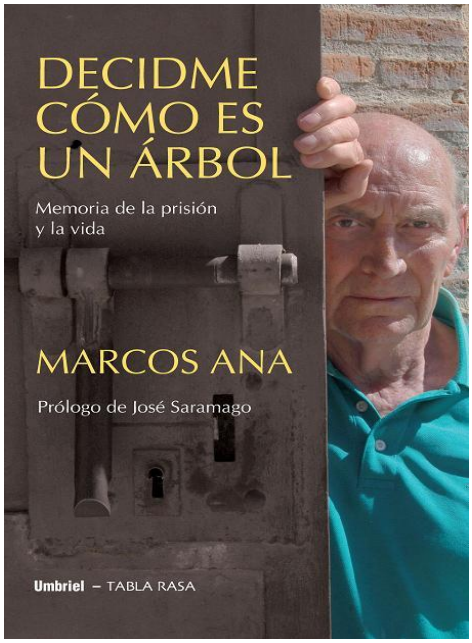
Cuando Dios acabó el mundo
se regaló una caricia,
lo firmó lleno de orgullo
inventándote… Galicia.

Marisol Fonseca

MEMORIA DE LA DIGNIDAD

Autobiografía del poeta Marcos Ana

Título: *Decidme cómo es un árbol.*
Autor: Marcos Ana
Editorial: UMBRIEL TABLA RASA, 2007, 448 páginas
P.V.P. 18€



Hay vidas que merecen ser vividas aunque sólo sea para poder ser contadas. *Decidme cómo es un árbol* es la memoria viva, narrada en primera persona por un extraordinario ser humano de 82 años de edad, pero que dice tener 59 de vida pues resta los 23 que pasó en los duros penales franquistas durante la postguerra española. Entró con 19 años, en 1939, y salió en el año 1962, con 42. convirtiéndose así en la persona que más tiempo seguido ha pasado en las cárceles franquistas.

El protagonista de esta apasionante historia es Fernando Macarro, que utiliza el pseudónimo de Marcos Ana, como homenaje hacia sus progenitores y cuenta de manera pormenorizada los avatares de una existencia vivida al límite.

El libro, prologado por el escritor portugués y Premio Nobel de Literatura, José Saramago, es, ante todo, un alegato contra el olvido y en favor de la dignidad y de la justicia. Está estructurado en dos partes claramente diferenciadas; en la primera, se cuenta lo acontecido durante los terribles años de reclusión; la segunda es el recuerdo emotivo del reencuentro con la libertad; prosa limpia y amena en la que el poeta va intercalando acertadamente muchos de los versos que a lo largo de su vida ha ido escribiendo.

> *Mi vida / os la puedo contar en dos palabras: / Un patio / y un trocito de cielo donde a veces / pasan / una nube perdida y algún pájaro / huyendo de sus alas.*

Marcos Ana cuenta en el libro su humilde procedencia. Sus padres eran campesinos sin tierra y analfabetos; carecían de filiación política pero eran, en cambio, profundamente católicos. Nacido en el año 1920 en una pequeña aldea del municipio cacereño de Alconada, se traslada con su familia a Alcalá de Henares cuando apenas tiene seis años. Debido a la falta de recursos económicos no pudo asistir a la escuela, ya que tuvo que ponerse muy pronto a trabajar. Con tan sólo quince años comienza a colaborar con las Juventudes Socialistas de la localidad, atraído por ese mensaje tan cercano a los problemas de la clase obrera.

Al empezar la guerra pasó a formar parte de un batallón llamado Libertad. A los pocos meses el ejército se regulariza y los menores de edad son enviados a casa. A partir de entonces se dedica a tareas de carácter organizativo, llegando a ser Secretario General de la comarca de Alcalá.

Con tan sólo 18 años se incorpora al ejército como comisario político en una unidad, ocupando posteriormente el cargo de Instructor de la Juventud en el Ejército del Centro hasta el final de la guerra. Eran los últimos días del mes de marzo del año 1939, y todos aquellos que hubieran tenido algún tipo de responsabilidad política durante la contienda recibieron la orden de llegar al puerto de Alicante para intentar salir del país. *Nos concentramos a miles*, —cuenta— *pero no todos los barcos llegaron. La que llegó fue la División italiana Vittorio que nos apresó a todos.*

Marcos Ana fue llevado al campo de prisioneros de los Almendros, situado a las afueras de Alicante y, con posterioridad, fue trasladado al de Albatera, de donde logró escapar. Consiguió llegar a Madrid y se escondió en casa de un amigo. La ingenuidad y la impaciencia, además de un supuesto colaborador, lo traicionaron. En pleno año 39 estaba tratando de organizar la resistencia contactando con los amigos. Acudió a uno que se había hecho confidente y que terminó denunciándolo. Asistimos en esta parte del libro a un acto de compasión y de bondad que honra a Marcos Ana cuando decide no dar el nombre del compañero que le denuncia (aunque a causa de dicha denuncia será detenido y posteriormente condenado a muerte), no le nombra porque piensa que el traidor tendrá en la actualidad, hijos, sobrinos o nietos, que no son responsables de su traición y que hoy en día podrían sentirse avergonzados.

Estuvo cerca de un mes en la temida, por represora, Dirección General de Seguridad, donde fue torturado cruelmente. Le machacaron vivo, pero no delató a nadie. *La tortura es una pelea extremadamente difícil* —dice en el libro— *llega un momento en que temes por tu razón.*

Tras esas torturas, fue condenado a muerte. Cuando éstas se conmutaron por treinta años de cárcel, a Marcos Ana le cayeron sesenta.

Ingresó en la cárcel de Porlier, que había sido un antiguo colegio. Marcos Ana cuenta como en la prisión, en un primer momento, lo único importante era sobrevivir, hasta el punto de que en Porlier, al poco tiempo de entrar, no quedaba ni un hierbajo en el suelo. Cogían las hierbas del patio, las metían en agua a hervir y se las comían como podían. Algunas mañanas se encontraban con que, no sólo faltaban los compañeros que habían fusilado, sino que también muchos aparecían muertos a su lado, víctimas de hipotermia o de fiebres tifoideas o desgajados por la hambruna.

Es tal vez esta la parte más dura del relato, porque aquí se describen los rostros de la ignominia; la ruina moral del vencedor; la impotencia del vencido; el sadismo de ciertos guardianes y las vejaciones que tuvieron que soportar los presos; las “notas de capilla”, último rastro de los que se enfrentaron a la muerte; el terror a perder la razón; el comercio clandestino de huesos de aceitunas entre presos para poder comer algo; las frías madrugadas frente al pelotón de fusilamiento; la angustia cada noche esperando no oír tu nombre; los abrazos de los que se iban y no volvían más; el irrecuperable dolor de sus familias; pero también, todas las formas posibles de resistencia, de humor, de las canciones y coplillas que inventaban, la esperanza; los amores epistolares; los libros que entraban clandestinamente, como el *Canto general* de Neruda o los poemas de Alberti.

En el año 43, junto a un grupo de presos, creó un periódico al que llamaron *Juventud*, destinado a mantener el ánimo entre ellos. Estaba compuesto por textos muy dignamente trabajados e incluía algunos dibujos, todo muy artesanal pero absolutamente clandestino. Un día sorprendieron a un chico leyéndolo. El chico confesó y entonces Marcos Ana, como responsable de la publicación, decidió entregarse para evitar que cayera más gente.

Empezó a escribir poesía en la década de los cincuenta cuando lo sacaron de la galería y lo llevaron a las celdas de castigo. Allí estaba aislado, y fue, pensando en sus padres, cuando decidió comenzar a usar el pseudónimo de Marcos Ana. *A mi padre* —cuenta— *lo habían matado en la guerra y mi madre murió, la pobre, cuando me condenaron por segunda vez a muerte. Anduvo deambulando por la puerta del penal*

de Burgos intentando verme. No lo consiguió. A la pobre la encontraron muerta en una zanja.

> *Decidme cómo es un árbol. / Decidme el canto del río / cuando se cubre de pájaros. / Habladme del mar, habladme / del olor ancho del campo, / de las estrellas, del aire.*

Con el paso de los años empezaron a estar mejor alimentados, se les trataba con algo más de humanidad, y así, los presos, también pudieron organizarse mucho mejor. Poco a poco Marcos Ana comienza a contactar con los poetas en el exilio. María Teresa León y Rafael Alberti, se valieron de que Paco Rabal pasaba por Buenos Aires para darle una pequeña nota, que le pasaron dentro de un tubo de pasta y que decía: «Cuéntanos algo de tu vida».

Entonces compuso un pequeño poema que tituló *Mi corazón es patio*, y gracias a la difusión que tuvo empezó a ser conocido fuera de las cárceles.

> *La tierra no es redonda: / es un patio cuadrado / donde los hombres giran / bajo un cielo de estaño.*

En el año 1962 el Gobierno promulgó un decreto, según el cual las personas que llevaran más de veinte años ininterrumpidos en prisión serían excarceladas. Debido a esta insólita ley, Marcos Ana es puesto automáticamente en libertad. Lo curioso de este decreto es que sólo le afectaba a él, pues ningún otro recluso había estado preso sin interrupción más de veinte años. Cuando a finales de 1962, obtuvo definitivamente la libertad, su caso fue portada en muchos periódicos del extranjero. Fraga, que entonces estaba en el Ministerio de Información y Turismo, publicó un texto vejatorio en el que lo tildaba de asesino (paradoja del maniqueísmo o como trasformar a la víctima en verdugo por arte de birlibirloque).

Lo más difícil de asumir, según él, después de tantos años encarcelado, fue la libertad. No resultaba fácil abandonar la prisión a los 41 años, después de 23 en cautiverio. Era como si lo hubieran abandonado en un planeta extraño. Al principio, vomitaba los alimentos y no podía ni tan siquiera subir a los vehículos. No acertaba a entender muchas cosas del mundo al que había llegado. Tenía conciencia de ser un adulto, pero, al mismo tiempo, poseía la candidez y la inexperiencia de un adolescente, sobre todo ante las mujeres.

En una ocasión, al poco de abandonar la cárcel, uno de sus amigos lo invitó a salir una noche. Fueron a un cabaret y el amigo pensó que lo que más ilusión le haría a Marcos sería irse con una mujer. De modo que cogió a una chica, le dio mil pesetas y le dijo: «Toma, para que te vayas con mi amigo». Cuando Marcos Ana se quedó a solas con la chica hubiera querido que se lo tragara la tierra, porque no sabía cómo comportarse.

Ella creía que estaba borracho y cuando intentó devolverle el dinero, tartamudeando, le contó lo que le sucedía. Que tras 23 años en la cárcel, no conocía a ninguna mujer y ésa era su primera experiencia sexual. Ella le dijo: «Mira, esta noche voy a perder contigo unos cuantos miles de pesetas». Dieron un paseo y a continuación se fueron a cenar. El poeta cuenta como la chica le besaba las manos llorando mientras él le contaba las cosas de la prisión. Más tarde se marcharon a un hotel. Es de una extraordinaria ternura la manera en que Marcos Ana relata este episodio. *A pesar de mi timidez y de todas mis inhibiciones, esa mujer consiguió con una delicadeza y una humanidad extraordinarias que yo hiciese el amor por primera vez. Me despertó por la mañana. Había traído chocolate con churros. Me marché a casa con un nudo en la garganta, sabiendo que esa noche no tendría dinero para volver con ella. Al llegar, descubrí en mi bolsillo las mil pesetas y una nota que decía:*

«Para que vuelvas esta noche». Estuve todo el día haciendo tiempo, deseando que llegaran las ocho o las nueve de la noche para poder ver de nuevo a esa mujer. Pero, poco a poco, me fue asaltando la idea de que si la veía se iba a romper el encanto de la noche anterior. Esas mil pesetas las había ganado ella, y, si iba a verla con ese dinero, yo iba a tratarla como una prostituta, es decir, que yo iba a prostituirla más. Decidí no ir, pero continuamente sentía la necesidad de volverla a ver. Me decía: «Qué importa. Ella conoce todas las noches a cuatro o cinco o diez hombres. ¡Qué le importará a ella!» Mientras deambulaba, pasé por delante de una floristería y, sin pensarlo demasiado le dije a la mujer: «Mil pesetas de flores». Hicimos un ramo enorme, y lo dejé en el hotel con una tarjeta con su nombre, Isabel Peñalva. No la olvidaré nunca.

Después de pasar unos días en Madrid, en casa de su hermano, sale hacia París para integrase en el aparato clandestino de resistencia al régimen en el exilio. Nada más llegar, cuenta en el libro, como creó el denominado Centro de Información y Solidaridad con España; como comenzó a organizar campañas de solidaridad internacional empeñado en devolver toda esa ayuda recibida en las duras jornadas de cautiverio y exilio. Viajó por todo el mundo relatando los avatares de su apasionante vida y la lucha por sobrevivir en medio de la tortura cotidiana durante su reclusión en las cárceles franquistas.

Pese a su largo cautiverio, Marcos Ana no quedó marcado por el resentimiento y así, en todas sus intervenciones públicas o de carácter político, en sus poemas y en su vida, el amor a la libertad aparece siempre ligado al amor a España y a la reconciliación de sus hijos, a la necesidad de acabar con las consecuencias extenuadoras de esa noria trágica que fue la guerra fraticida y la perversa gestión de la victoria por parte de los vencedores, *aunque* —concluye— *tengamos que poner de calzo el corazón para lograrlo*.

En 1976, casi un año después de la muerte de Franco, regresa a España, concretamente a Burgos, para encabezar la lista de diputados comunistas en esta provincia, como homenaje a los miles de demócratas que habían dejado su vida en el penal de la ciudad. Con posterioridad el partido lo puso al frente del departamento de Solidaridad Internacional. Hoy en día continúa viajando por todo el mundo para contar las vicisitudes en las que tanto él como miles de hombres y mujeres de este país se vieron inmersos y totalmente involucrados en la lucha por la libertad.

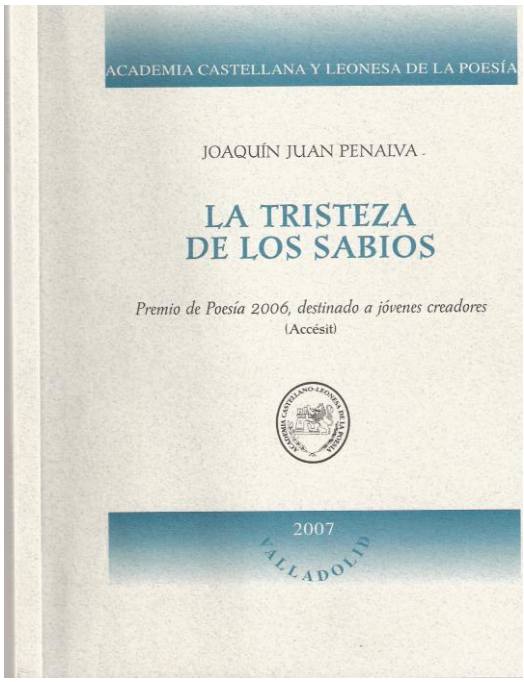
Marcos Ana dice haberse podido convertir en una bestia llena de odio. Pero, al contrario, su experiencia personal le lleva a la conclusión de que nunca sería capaz de ejercer la violencia contra nadie, precisamente porque la ha sufrido.

El libro lo cierran unas denominadas “Reflexiones finales” que subrayan la capacidad humana del autor para discernir de manera clarividente entre el tiempo individual y el espacio colectivo; *sigo pensando* —nos dice— *que vivir para los demás es, sin duda, la mejor manera de vivir para uno mismo y que, quizás, no deberíamos contar la vida por años, sino por la intensidad con que la hemos vivido.*

Fco. Javier Fernández

RÍOS DE LA MEMORIA, TAN AMARGOS

Título: *La tristeza de los sabios.*
Autor: Joaquín Juan Penalva
Editorial: ACADEMIA CASTELLANA Y LEONESA DE POESÍA, 2007, 82 páginas
P.V.P. 15€



Nuestro amigo, Joaquín Juan Penalva acaba de publicar un poemario titulado *La tristeza de los sabios*, que obtuvo el accésit del premio destinado a jóvenes creadores, patrocinado por la Academia Castellana Leonesa de la poesía, en su convocatoria correspondiente al año 2006.

Es un magnifico libro iniciático que recrea y refleja diversos aspectos de una educación sentimental, Joaquín Juan Penalva se identifica con los protagonistas de los distintos géneros de ficción, y esta múltiple asunción de personalidades le permite afirmar en el último poema, tras su estancia en tan variados escenarios:

Ahora comprendo / en que consistía / la tristeza de los sabios: / habían leído todos los libros.

El autor del poemario ha consumido su juventud identificándose con los protagonistas de las emocionantes aventuras de los héroes del celuloide, de los comics y de las leyendas urbanas. El recuerdo, el poso de estas aventuras, de estas avanti, que diría Juan Marse, que han constituido el imaginario alimento de sus días juveniles ha terminado y, por tanto, es ese final el que constata su madurez afectiva.

Aunque en el instante de escribir el poemario ya ha concluido el momento de compartir las hazañas y las desventuras de los héroes, en el espíritu del joven ha quedado una huella que es la que se transcribe y la que provoca una desazón inevitable cuando se encienden las luces del salón donde las películas se proyectan, porque, aunque todo lo imaginado no era más que fantasía e ilusión, siempre es mucho más amable que la dura e inclemente realidad a la que nuestra inmisericorde edad adulta nos somete.

Ya en el primer poema se determina cual puede ser la razón de la invención y el mantenimiento del mundo de ficción: la creación de un último refugio en el que poder recibir dignamente a la muerte, tal como sucede a los gatos en ese primer poema que, al igual que los árboles, mueren de pie, “en aquel lugar, / refugio de la noche, / descanso del guerrero, /fin de la jornada.”

La travesía por los imaginarios mundos de las sucesivas tramas nos conducen a desenlaces felices o desgraciados pero siempre coherentes con la propia fantasía que los inspira, aunque su desembocadura no lleve a ningún lugar ajeno a su propia mismidad, ya que en sí mismos finalizan y concluyen.

Desde la perspectivas de la vida real, estos mundos de ficción son un mar cuyos oleajes son los de los sentimientos, un mar que nace de la imaginación que así misma se contempla; por eso, Joaquín Juan escoge una cita de Bruno Mesa que no puede ser más explicita y que dice: “Mi destino los libros. / No me esperes. / Donde yo voy no existe nadie.”

La mayor parte de sus composiciones recrean y evocan las hazañas de unos héroes que, como clarividentemente afirma el autor del poemario, alcanzan su inmortalidad en el celuloide y su santidad en los videojuegos y que transcurren en multifacéticos escenarios en los que el joven poeta se sumerge y nos sumerge.

La cuestión central de este iniciático deambular no es otra que su razón de ser, es decir ¿Cuál es el motivo de este incesante caminar que nos lleva desde el Paris de 1830, que contempla el nacimiento de la moderna policía, hasta las incendiadas llamaradas de naves de Orión en noviembre de 2019, pasando por las aventuras tan míticas y cinematográficas como las del inmortal oeste americano? ¿Qué busca Joaquín Juan Penalva en ese incesante e incansable transcurrir por los imaginados mundos?

El autor, como todos los jóvenes, como tan acertadamente dijera Jaime Gil de Biedma, había venido a llevarse la vida por delante, y, según Manuel Sánchez Chamorro escribió y Joaquín Juan Penalva recoge, comprobó que “la vida era un Óscar que nunca ganaremos”, lo que significa que ante el irresistible empuje juvenil, sólo el amargo sabor del desengaño y de la mentira pueden esperarse.

Y ese desengaño vital y nada imaginario es el que late en los poemas de *La tristeza de los sabios* y es más precisa y concretamente la causa de su estado de ánimo y del nostálgico sentimiento de su autor.

Manuel Parra Pozuelo

Puntos de venta

PRENSA. Plaza de América, nº 2. ─ ALICANTE.
VIDEO─CLUB ESPIRAL. C/ Deportista Juan Matos ─ ALICANTE.
LIBRERÍA NOESIS. C/ Pintor Baeza, nº 8. – ALICANTE.
LIBRERÍA 80 MUNDOS Avda. General Marvá, nº 14 ─ ALICANTE.
LIBRERÍA MARÍA DEL PUY. C/ General Espartero, nº 91. ─ ALICANTE.
LIBRERÍA LUXYMAR. Plaza Joaquín María López, nº 4. ─ ALICANTE.
PAPELERIA AMORÓS. C/ Foguerer, nº 3. ─ ALICANTE.
LIBRERÍA COMPÁS (Campus Universidad) ─ (S. Vicente Raspeig) ─ ALICANTE.
LIBRERÍA PISCIS. (Cehegín) ─ MURCIA.
LIBRERÍA GRAN VÍA. (Cehegín) ─ MURCIA.